



PA QUE COMAN LAS ALMAS

LA MUERTE EN EL ALTO LOA

2682

B
7



CHIMUCHINA
RECORDS



LOM
EDICIONES



Pa que coman las almas
© Chimuchina Records
© LOM Ediciones
Julio 1997

Registro de Propiedad Intelectual N° 100.745
I.S.B.N. 956-282-033-5

Correspondencia:
Museo Chileno de Arte Precolombino.
Bandera 361, Santiago, Chile.
Fono: (56 2) 695 3627. Fax: (56 2) 697 2779.
Email: lcbmchap@reuna.cl

Preprensa e Impresión
en los talleres de LOM.
Maturana 9 / Fono: 672 73 43
Santiago - Chile

53072

394.2682
M553
1997

Este libro ha sido posible gracias al apoyo del Museo Chileno de Arte Precolombino, al proyecto FONDART N° 7951, y a los proyectos FONDECYT "Idolatrías en el área sur andina: registro documental y tradición oral en la región del Loa superior". N° 1148-90, y "Etnohistoria y tradición oral: religiosidad andina en la región del Loa superior". N° 1940380, ambos de Victoria Castro.

Agradecemos profundamente la participación, interés y entusiasmo de nuestro amigo Víctor Rondón en la formulación del capítulo sobre la música, así como por las transcripciones musicales.

Agradecemos a Claudio Henríquez, Andrés Cortés, Terrícola, y Gubbins y Asociados, quienes de una u otra manera ayudaron a la realización de este libro.

Agradecemos a Nora Muñoz, Julia Arriagada, José Pérez de Arce y Francisco Gallardo por sus comentarios y revisiones al manuscrito.



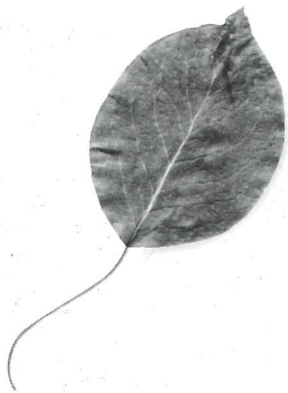
Obra financiada por el Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura, FONDART, Ministerio de Educación.



A mis muertos queridos

Siempre temí que al salir este
libro muriera uno de nosotros.

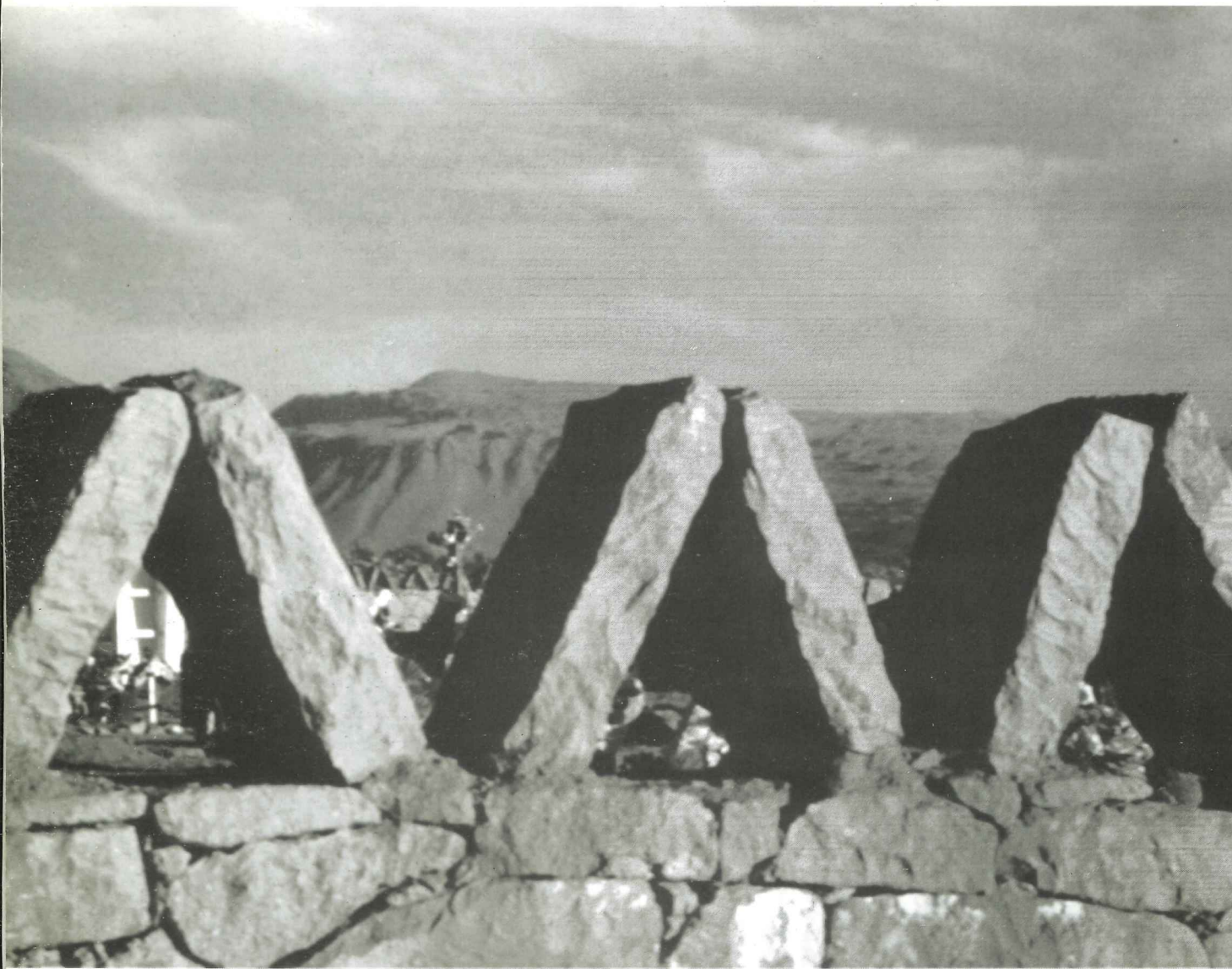
¿ Tenías que ser tú,
Carolina Bassi, Bassi niña ?











PA QUE COMAN LAS ALMAS.

" Están. Yo no los puedo ver, pero están ".
(Juan Colqui. Caspana)

Un hombre verá cosas invisibles.
Cuando los deudos lo abandonen
y las canoas negras vengán desde el Oeste
cuando los deudos en secreto
hayan dejado los panes redondos
y sacrificado los caballos
las hijas del guardahilos tendrán miedo
de ver pasar su ánima al atardecer
y los forasteros tendrán visiones
que los harán gemir en sueños.
Un hombre, entonces, se desprende
del peso del sol y de la luna.

Jorge Teillier

He muerto mil veces. Mi cuerpo ha sido abandonado con un sentimiento de extrañeza, los perros y los pájaros lo han desgarrado, quedando mis huesos esparcidos sobre la tierra. Me han cubierto de pétalos, he habitado un árbol hueco. Pasé a través de las siete puertas del Mundo de la Nada, de la Tierra sin Regreso. Rehice el camino que recorriera en vida, recogiendo mis pasos. Vi a mi viuda arrojarse sobre la pira que me consumía.

He sido viento tras una luz brillante. Acompañado de mi perro he atravesado las Nueve Corrientes para ingresar al Noveno Cielo. He vagado, condenado, por los lugares que una vez amé. Escuché a mi lado a los sacerdotes recitar las palabras del Libro, preparándome para enfrentar la Clara Luz. Vi al anciano de la familia descarnar mis huesos; aquellos que me amaban bebieron mis cenizas.

He sido peregrino en la Tierra del Silencio; los años son largos y tristes en la Tierra del Oeste, oscura y profunda. Por tres días mi alma se ha sentado a la cabecera de mi cuerpo antes de ser guiada más allá de la Tierra de los Sueños.

He sido pájaro y mudo pez de mar.

He muerto mil veces. No moriré jamás.



Alabado sea el santísimo, sacramento del altar, la melodía pegada al paladar y al ruido del motor, pegada a la hoja sobre el blue jean y el parche amarillo, pegado a la ventanilla con las nubes y el mar tal vez. La vida y la muerte sobre el avión, el vaso de wiski vacío a mi izquierda, el Pablo a mi derecha, una vez más el aire, y una vez más el desierto, el querido desierto. Te acercas con todos tus muertos, te acercas a Todos Santos cargando a tus muertos queridos, sabiendo que vienes a hablar con ellos, presintiendo que la vida y la muerte se abren frente a ti; una semana para estar con los muertos, para hablar con los muertos.

El sol sobre la hoja, la hoja sobre mis ojos, el motor del avión, nada más que aire, sólo aire. ¿ los muertos respiran ? ¿ los vivos están muertos ?

Silencio

Alabado sea el santísimo, sacramento del altar, dos trisagios cuelgan de mi ojo izquierdo, que nadie se interponga, los muertos han venido, la pacha está abierta, una semana. Tres días antes para limpiarse de la ciudad, tres días para hacer de ti alguien que pueda enfrentarse a los muertos, el avión comienza a bajar a Antofagasta, los oídos se tapan, las nubes no dejan ver el mar, o la tierra, o el cielo.

Es martes y serán las cuatro de la tarde, es martes y la negra ha quedado con el pirigüín en Santiago, es martes y la vida sigue, sigue, siempre sigue.

Te acercas al desierto, Ayquina y Caspana te esperan. Llegarás a Calama y subirás hacia el

Este, a sesenta kilómetros estará Ayquina, a noventa Caspana.

Recorres el desierto, café sobre café, rojo sobre rojo. Todo es plano y vacío. Si te acercas verás que todo es sinuoso y lleno.

Sonido de ruedas, latas, fierros, tierra y piedras bajo los neumáticos del jeep.

Silencio

Te hundes, bajas del desierto a la quebrada, 3.300 metros sobre el nivel del mar, un racimo de casas de piedra, adobe y paja se acurruca en el peñón, se acomoda en una hondonada que resbala hacia el río Salado.

Ayquina.

El río plateado serpentea entre lo verde.

Después el acantilado, el desierto, el cielo.

En Caspana los árboles de manzanas, peras y albaricokes se encuentran con el cielo. El pueblo se estira a lo largo de la quebrada. El río separa al pueblo viejo del nuevo.

En Caspana los frescos de la iglesia se están cayendo.

En Caspana las cortaderas danzan.



Todos los Santos, la fiesta de los muertos, llegó con los españoles que recorrieron América en el siglo XVI. Ellos trajeron sus creencias, sus ritos, sus costumbres.

A mediados del siglo X, el Papa Gregorio IV estableció la fiesta de Todos los Santos, la primera fiesta general por los difuntos. San

Odilo, obispo de Cluny, Francia, estableció por primera vez el 2 de noviembre como el Día de Difuntos, más o menos en 1030.

A partir del 1600 los misioneros recorrieron Los Andes predicando la religión católica. Se encontraron con los pueblos que ya vivían en América, con sus creencias, sus ritos, sus costumbres.

Sabemos por las descripciones que dejaron los cronistas españoles que los pueblos andinos celebraban a sus muertos y tenían gran respeto por ellos.

Existía en el mes de noviembre, antes de la llegada de los españoles, una fiesta en su honor. Guaman Poma describe a noviembre como;

"Aya Marçay Quilla (mes de llevar difuntos).

Este mes fue el mes de los difuntos, aya quiere decir difunto, es la fiesta de los difuntos.

En este mes sacan a los difuntos de sus bóvedas que llaman pucullo y les dan de comer y de beber y les visten de sus vestidos ricos y les ponen plumas en la cabeza y cantan y danzan con ellos. Les ponen en unas andas y andan con ellas de casa en casa y por las calles y por la plaza y después tornan a meterlas en sus pucullos, dándoles sus comidas y vajilla al principal, de plata y de oro, y al pobre, de barro. Y les dan sus carneros y ropa y lo entierran con ellas y gastan en esta fiesta muy mucho."

La conquista de América implicó un gran choque cultural, religioso, social. Ambas maneras de ver el mundo se fundieron, se fueron entrelazando con el pasar de los años, se fueron haciendo una. Algunas costumbres permanecieron, otras cambiaron, la unión de otras hizo nacer

nuevas. Los rituales se fundieron, las creencias se superpusieron.

El encuentro de los mundos.

Contaban los finados antiguos que en Turi, ahí donde vivían los abuelos muchos años antes, eran moros. No eran bautizados. Cuando supieron que se iban a bautizar, se enterraron. Se enterraban con las cosas que tenían y rompieron los morteros, las piedras las quebraron, porque el cura ya venía bautizando, y la gente se iba matando y enterrando ahí, para no bautizarse.

Muchas de las creencias y ritos relacionados a la muerte que tienen actualmente los ayquineños y caspaneños fueron descritos por los cronistas como propios de los habitantes de la región andina.

Es asombroso descubrir que pese al paso avasallador de la cultura occidental urbana, aún se mantienen las creencias que dieron origen a esos pueblos, que aún se mantienen fragmentos, retazos de la gran estructura social, religiosa y política que formó la identidad de esos pueblos.

Ahora los ayquineños dicen no saber mucho, sólo haber escuchado, en el recuerdo. La memoria se va perdiendo, diluyendo en los años, sólo quedan imágenes, gestos, olvido. El universo en continuo cambio.

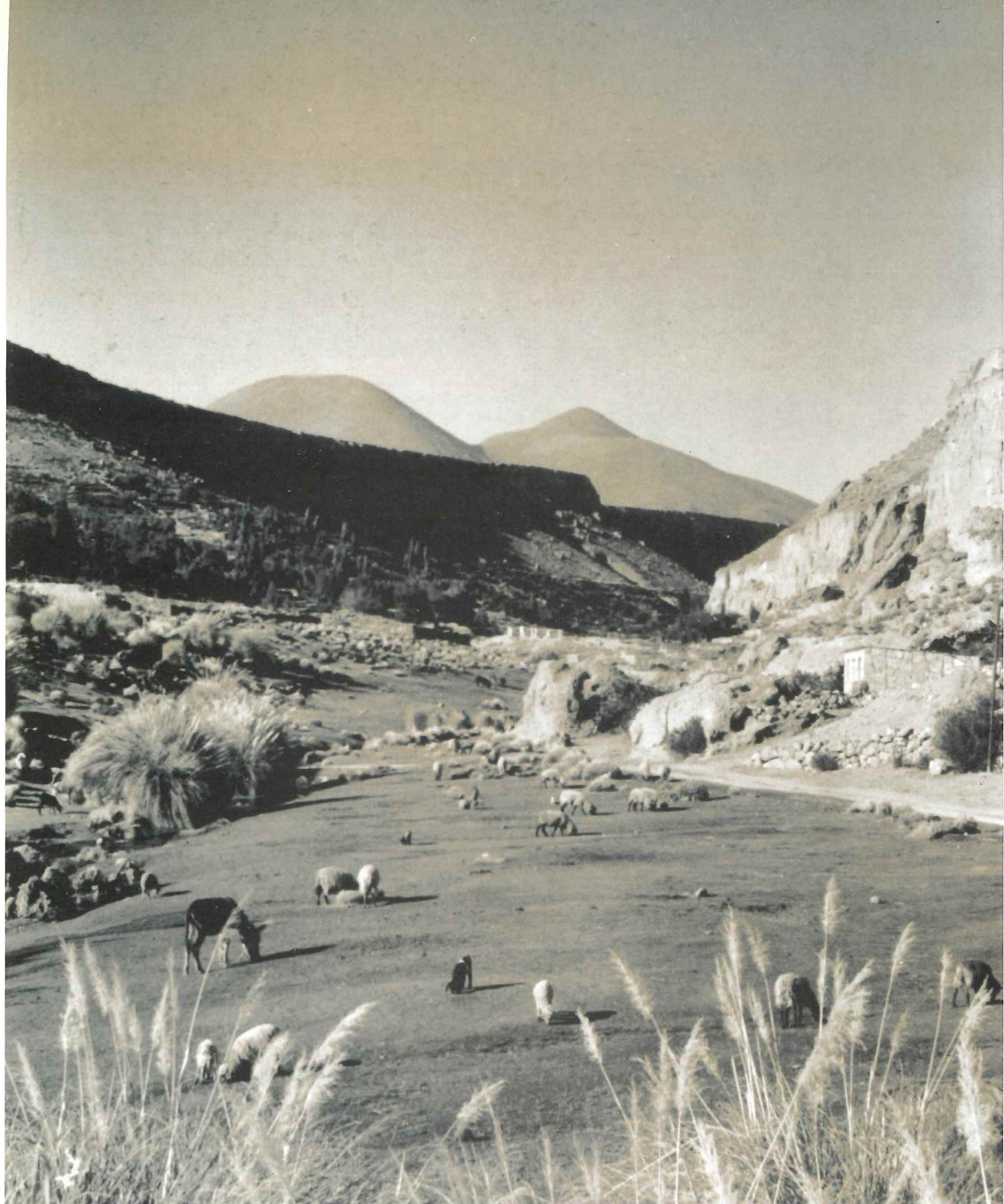
Este libro es un fragmento de lo vivido en la Fiesta de Todos Santos en el pueblo de Ayquina en el año 1992, y en Ayquina y Caspana durante 1996.



Las explicaciones de los pobladores de Ayquina corresponden a : Honorio Ayavire, Ricardo Ayavire, Félix Berna, María Berna, Mario Berna, Candelaria Cruz, Alberto Panire, Félix Panire, Virginia Panire, Armando Rodríguez, Francisco Rodríguez, Abdón Saire, Luis Saire, Ventura Saire, Hilaria Yere.

Las de Caspana corresponden a Julián Colamar y Juan Colqui.

Agradecemos a las comunidades de Ayquina y Caspana la oportunidad que nos brindan de hacer un poco más humano el mundo.



LA MUERTE DEL CUERPO



Cuando se mueren, cuando recién no más se mueren hacen una ceremonia; es el despacho, despachan al alma, la apartan de todas sus cosas. Apenas se supo que murió separan todas sus cosas, su ropa, sus herramientas, todo lo que tenía, y después velan todo. Cuando la persona muere, si ha sido de edad, matan un llamo. Si el finado es más joven pueden matar un cordero, depende, según como quiera la familia. Y ahí hacen un waki, sacan el corazón al animal y toda la familia le echa harina blanca, le ponen debajo del ataúd y ahí se vela.

Rezan ahí, ponen ofrendas, comen, igual que para Todos Santos, pero ahí con el cajón.

En vez de la mesa está el cajón, sin el arco verde; ponen el ataúd, ponen flores, coronas, y ponen cuatro velas, en cada esquina del cajón una vela, con eso velan al difunto una noche, y después al otro día lo llevan a la iglesia y lo presentan ante el altar.

Después lo llevan al cementerio.

Con el corazón del llamo despachan al finado. Con todo lo que comen hacen waki, siempre ponen un pocillo, algo para echar un poco de todo lo que uno come. Después, cuando van a enterrar al difunto, ahí mismo van a quemar el corazón, los huesos del animal y el waki, pero a otra parte, lejos del pueblo.

Eso hacen al final, cuando se van todos, ahí eligen a unas personas, casi siempre son hombres, y van a quemar esas cosas.

Cuando muere hay tradiciones distintas; aquí tenemos una costumbre, en Toconce otra, en Caspana otra, pero aquí es bajito, es poco lo que hay que hacer; en Toconce es la costumbre más alta, es más lo que hacen, más participación.

Cuando alguien muere acá tiene que dar cuenta a carabineros, ahora, anteriormente no. Antes se moría alguien y conseguíamos madera, la gente por ahí ayudaba y hacíamos el cajón aquí mismo.

A la finada de mi mamá le hicimos un cajón acá cuando murió en el 53, todavía. Entonces moría, no teníamos que llevar a Calama, le hacíamos el cajón, le sepultábamos y ahí recién íbamos al registro civil a Calama a sacar el papel de defunción, nada más.

No como ahora que se muere alguien y lo tiene que llevar como pueda a Calama, al tiro, tirado arriba de un vehículo le llevan a la morgue allá, al hospital. Allá lo abren y ven de qué murió. Lo abren allá y le dan el visto bueno y ahí tiene que comprar un cajón, de ahí le dan el selle y después hay que conseguir sacar el pase para poder traerlo. Y eso se demora, el papel de defunción, el hospital, la pila de cuestiones. Después le dan el cajón sellado para traerlo para acá. Demora un día, dos días casi.

Lo traen, llegan en la noche, el familiar lo está esperando para velarle. Ahí la gente llena la casa para acompañar al finado. Esa noche lo velan y hay que convidarles comida y trago. Rezan igual que para Todos Santos, toda esa noche lo rezan y al otro día van a cavar la sepultura. Allá en el cementerio nuevo le hacen un nicho o le cavan la tierra. El cementerio viejo está completo.

Entonces si quiere lo cierra, lo cava y le hace un

pircado con la altura del cajón, y se demora más o menos medio día.

Deja listo y viene para la casa, hay que darle almuerzo a la gente. De ahí le llevan a la iglesia, en la iglesia le rezan, le cantan. Lo sacan, recién le llevan para el cementerio, casi todo el día. Ahí le echan a la sepultura y hay que taparle con unas piedras, y si tiene madera con madera.

Recién ahí va la tierra arriba, recién ahí termina.

Así hacen ahora.

En Caspana hay diferencias mínimas;

Cuando nosotros nos morimos, en primer lugar hacemos el velatorio, velamos a nuestros difuntos. Eso puede ser uno o dos días, depende del familiar. En la casa, ahí tiene que ser.

En la tarde hay que hacer de comer a la gente, a todos los que acompañan, pero antes de esto hay que hacer otras costumbres, que son matar un corderito, para acompañarle con la sangre para su viaje. Esto se hace en un lugar bien retirado de la casa. Los familiares van y siempre hay un mayor de edad que hace de guía. Él carnea el corderito y toman la sangre en un platito y se echa en la harina blanca y las hojas de coca. Con eso se le ofrenda para su viaje, para su camino.

La sangre del corderito se ofrenda a los lugares. Se hacen las ofrendas para su viaje, para su camino. Se acompañan con eso, para estar nosotros más tranquilos, que no nos molesten, y según decían los antiguos ellos ya van llevando algo para sus familiares en la otra vida.

Terminado eso, vuelven a la casa, y ponen el cuero del animal abajo del cajón donde se está velando el difunto. A la medianoche hay que hacer cocer el corderito, cortando por las coyunturas y no quebrándolo



nada, porque es un mandato de nuestro Señor, que no debe quebrarse.

Se le hace cocido y después se reparte, con té, con pan. Es como el desayuno. La gente come todo, come toda la carne, y el hueso hay que devolverlo. Ese hueso va junto y al otro día cuando se va el difunto, le van a hacer una quema, todo lo que se reunió para él se le quema.

Ahí va eso. El cuero, todo. Como quien dice el corderito tiene que estar entero, pero sin la carne.

Entonces, unas personas se van a la quema y los otros están sepultando.

Así lo requiere, siempre ha sido eso. Está yéndose con todo.

Esa es la fe que nosotros tenemos, el difunto tiene que ir llevando algunas cosas para los demás, sus familiares que hayan fallecido antes. Porque si yo voy con las manos cruzadas, ellos me van a pedir y yo no voy a tener qué darles. Mientras que si yo llevo todas esas cosas, eso voy a tener para repartir allá.

Antes al difunto se le ponía un símbolo, un cordel torcido, no trenzado, y se le amarraba en la cintura. Ése es largo, tiene siete vueltas, siete amarras, se va amarrando y queda colgado. Se dice que ése es para subir al cielo. Así decían antes, que de ahí se agarraban. Tiene siete amarras y catorce nudos porque se dice que cuando murió Jesús, catorce estaciones tuvo en su vía crucis.

Y se hacía una túnica negra, nueva, se le hacía cuando moría, y con ella se vestía al difunto. Y no tenía que llevar ninguna cosa de fierro.

Ahora no lo hacen porque los muertos vuelven en un cajón sellado de Calama.

Para cuando muere la persona, después, a los ocho días se junta la familia y velan de nuevo, pero antes de velar lavan todas las cosas que eran del difunto, van al río en Ayquina o acá en Turi van al ojo de agua y ahí lavan todo, sus ropas, zapatos, herramientas, colchones, frazadas, todo lavan.

Ahí participa la familia y los que quieren ayudar del pueblo. Después todo lo que está malo, en mal estado, lo separan y arman como un muerto, de puras cosas, arman un bulto, después lo tapan con un manto negro. Después eso velan. Hacen waki, matan animal y lo velan toda la noche.

Jueves, oscurece, tirado en el saco, acabo de comer unos exquisitos panes con queso y tomate, el cielo es de un azul amarillo que estremece todo, algunas estrellas comienzan a aparecer, la luz huye lentamente. Ayquina es un lugar de sueños. Paso la tarde con don Pancho en la quebrada, pastoreando el piño de cabras y ovejas. Cortamos media era de alfalfa y luego nos sentamos a conversar cuidando el piño, conversamos de tantas cosas, modos de vida tan diferentes que se topan en ciertas cosas fundamentales. Hombres en el universo.

Me cuenta que la celebración empieza mañana, la ceremonia de difuntos, lo que hay que hacer cuando muere alguien, leyendas, anécdotas. Le hablo de la vida en la ciudad, del tiempo que se lo come todo, de la eterna angustia en las pupilas.

A la vuelta me traigo un atado de unquillo en la espalda, esa hierba que crece al lado del río y que es alimento para los animales en los corrales. Los animales no saldrán mañana ni pasado porque no habrá quién los saque, estarán todos en la fiesta.

Si es menor de treinta años, a los ocho días le hacen el lavatorio, si es mayor de treinta, lo hacen a los 15, 20 días.

El lavatorio es juntar sus cosas, sus ropas, lavarlas, separar las cosas buenas, dejar a un lado, lo más viejito lo quema. Ese es el lavatorio, es una bendición, es para la familia. Ahí va una persona que sepa de las costumbres que se hacen en el lavatorio y la familia se perdona. Ahí hacen otro waki, y después del waki rezan, se perdonan, las familias se hincan; "póneme la mano ahí", se perdonan, que se vaya el alma, el difunto, tranquilo, que no se preocupe de uno. Eso lo hacen ahí, y también nombran a los quemadores.

La voz de la Virginia contando su experiencia se superpone a la de don Pancho;

Y ahí matan a un animal también, tiene que ser mirando hacia abajo, tiene que carnear para el alma, tiene que carnear mirando hacia abajo y a la puesta de sol. Cuando no es para difunto mata mirando hacia arriba, hacia los cerros.

Para el lavatorio velan, hacen waki. Yo vi cuando

murió una señora de edad, cuando estaban despachando el alma sacaron un llamo blanco y le cargaron todas las cosas que iban a quemar, y ahí hicieron de cartón todas las herramientas que ella ocupaba, como era mujer le hicieron pushka, le hicieron pistaya, y eso lo cargaron arriba del llamo. Y ahí tienen que ir personas que no sean de la familia.

Acá en Turi, en medio de esos montes, ahí queman para las almas, los que están encargados van, llegan allá, matan al llamo, lo queman junto con las cosas. Ellos pueden sacar carne pero huesos no. Ahí queman todo lo que estaba destinado para quemar, el resto lo dejan en la casa, cierran la casa con todas sus cosas, la cierran con candado hasta el otro año.

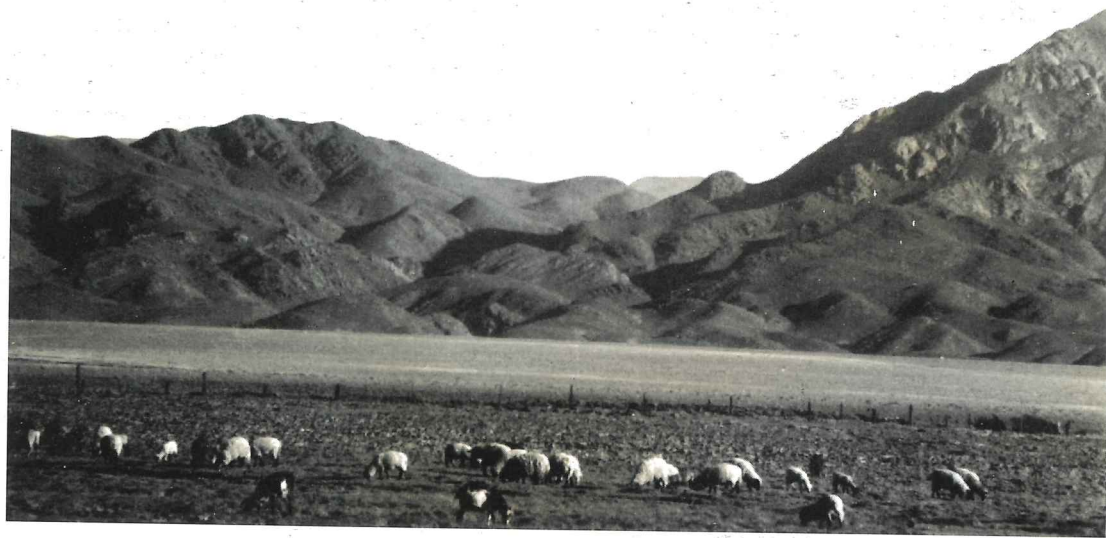
Entonces toda la familia empieza a separar las cosas que son del finado, las que estén buenas las juntan en un lado, las que él no usaba las juntan en otro lado, total, todas las cosas las amontonan en la casa, que

tiene que estar cerrada durante el año, durante todo el año. Puede ser aquí o en Turi, adonde ha vivido más, ahí echan todas sus cosas y cierran la casa.

Siempre hay una casa que cierra, puede cerrar en Ayquina o Turi, siempre hay más de una casa. Uno puede entrar, prender velas y salir al tiro.

Después, para el primer año, para el primero de noviembre, tiene que aportar con la comida, usted tiene que atender primero. Eso es el primer año, el segundo, hasta tres años tiene que darle comida. Después de tres años ya no, después arma su mesita pero si usted quiere invita, con vino no más, con tecito. Al finado nuevo sí, tiene que atenderlo, tiene que hacer la comida, como es tradición, son tres años. Lo hacen, después ya no.

Así era antes, es de antes, así hacían antes y seguimos igual.



Caspana

Después todas las cosas del difunto se apartan, durante una semana. Entonces comienza otra ceremonia que se llama el lavatorio. Se aparta todo lo que usaba, especialmente la ropa, ésa hay que lavarla, hay que reunirle todas las cosas y se juntan ese día del lavatorio, por eso se llama así, porque lavan todas las cosas, al octavo día.

Entonces con todo listo se hace la ceremonia, los dolientes acuden a la iglesia y después van a la casa y encuentran la mesa puesta. Igual que si estuviera el finado ahí. La ropa misma la hacen en esta forma. Como quien dice: ahí está el difunto. Entonces lo ponen en una mesa, le ponen las flores, las coronas, las velas, todo eso. Y las cosas de él están por abajo, alrededor. En la mesa se pone solamente la ropa, hecho en forma como si estuviera ahí.

Después empieza la bendición de la mesa, de sus ofrendas, y coplan durante toda la noche, hasta el otro día.

Al otro día en la mañana se lava la ropa, como a las doce o una están almorzando y ya despachan.

El despacho es igual que cuando murió, porque cada cosa que se come, siempre tiene que participar ahí, en un tiesto que se tiene ahí. Se le pone, entonces toda la gente va a participar allá, ya sea las comidas o las bebidas, todo lo que uno come va a participar ahí, le echa ahí. Un poquito, no en cantidad.

Entonces todo eso se junta y se va a quemar junto con la ropa, hacia abajo, siempre hacia abajo, hacia donde el sol se pone.

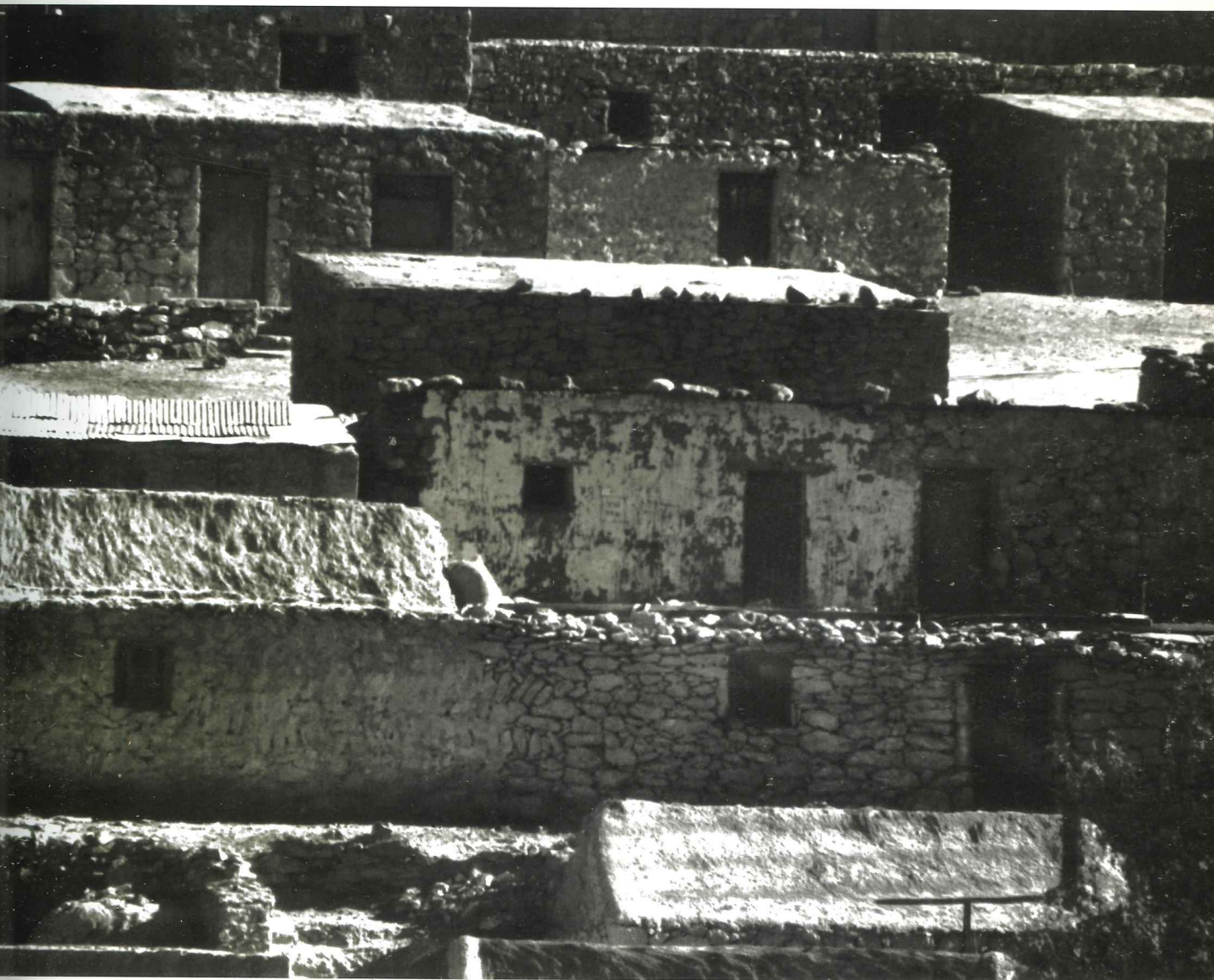
También se quema un cordero, pero preparado de otra forma. Es hecho, preparado de grasa, se llama lunko. Tal como un corderito lo preparan y eso se quema junto. La figurita del cordero, hecha de grasa con harina blanca, de maíz.

Los años pasan, se acumulan uno detrás de otro, uno sobre otro. El cronista Pablo José de Arriaga nos habla de como hace quinientos años, en estas mismos parajes andinos, se celebraba a los difuntos.

"En la muerte y entierros de sus difuntos tienen también grandes abusos y supersticiones; (...) hacen el Pacaricuc, que es velar toda la noche, cantando endechas con voz muy lastimosa; unas veces a coros y otras cantando uno y respondiendo todos los demás, cierran la puerta por donde sacaron al difunto y no se sirven más de ella.

Esparcen en algunas partes harina de maíz o de quina por la casa para ver, como ellos dicen, si vuelve el difunto por las pisadas que ha de dejar señaladas en la harina.

En algunos pueblos de los llanos, diez días después de la muerte del difunto se junta toda el ayllu y parentela y llevan al pariente más cercano a la fuente o corriente del río que tienen señalado y le zambullen tres veces y lavan toda la ropa que era del difunto, y luego se hace una merienda, y el primer bocado que masean lo echan fuera de la boca; acabada la borrachera se vuelven a casa y barren el aposento del difunto y echan la basura afuera, cantando los hechiceros, y esperan cantando y bebiendo toda la noche siguiente al ánima del difunto, que dicen que ha de venir a comer y a beber, y cuando están ya tomados del vino dicen que viene el ánima y le ofrecen, derramándole mucho vino, y a la mañana dicen que ya está el ánima en Zamayhuaci, que quiere decir casa de descanso y que no volverá más. El Pacaricuc suele durar cinco días, en los cuales ayunan, no comiendo sal ni ají, sino maíz blanco y carne."



Ayquina, la misma casa, el mismo muro en que te sientas a mirar el pueblo, las paredes de adobe iluminadas de a pedazos, el sonido del generador, el pueblo sin nadie que lo recorra, el cielo lleno de estrellas. La misma noche, el mismo aire, el mismo diario escrito una y mil veces, el jeep blanco en la calle, el Pablo sale de nuestra casa y se sienta a unos metros. El último rayo de sombra sobre mi hoja, el pecho ardiendo, el bicho aún en los pulmones, habrás de luchar para eliminarlo, ahora te toca a ti, antes fueron los antibióticos, ahora es asunto mío, es meditar y danzar, abrirse un poco, ser más mosquito y más tierra.

Los muertos giran en mi mente.

Después, para el otro año, justo a la fecha que se murió, ahí abren la casa, tienen que velar, matan a un animal, todo eso. Ese se llama Cabo de Año. Entre los familiares se reparten las cosas que habían quedado.

Toda la noche rezan, velan, hacen una mesa, ya es no tumba, es más sencilla, pero igual velan, rezan, comen. Al otro día se recoge todo. Para todas esas cosas ocupan un yatiri, para el lavatorio y para el cabo de año.

Acá ocupan a don Félix Berna, o puede ser de Toconce, don Alejandro, hay varias personas que pueden.

De Caspana vienen también, don Claro Anza viene. Los yatiris saben los remedios que ocupan, a qué hora se hacen las cosas, porque todo tiene una hora. Para esta ocasión siempre cuando matan animal es a la puesta del sol, tienen que velar toda la noche, y a la madrugada hacen un separo, para que se olviden los familiares del muerto, porque algunos quedan con pena, se enferman.





Todo eso se lo atribuyen al alma. Cuando las personas quedan más delgadas, a veces quedan enfermas, de pena, y eso es porque la persona no puede olvidarse de ella, y el alma no se olvida de las personas que están vivas tampoco. Entonces el yatiri le hace eso para que se olviden y queden tranquilos, ya no se enfermen y no pase nada.

Los muertos miran hacia atrás, hacia el poniente, la vida humana es como la vida del sol, nace en el Este, hacia arriba, y va andando hacia el poniente.

Los muertos ya han vivido su vida, están abajo. Los angelitos en cambio, los niños muertos, no han recorrido su vida, han muerto antes de recorrerla y se entierran mirando hacia arriba.

Arriba es oriente y es vida
abajo es poniente y es muerte

El animal sacrificado mira hacia el oriente, excepto para velatorio y cabo de año.

Para el año, otra vez, van, juntan toda la ropa que no quemaron antes y hacen un bulto, como si estuviera el cuerpo de una persona arriba de una mesa, y eso lo velan otra vez, cuando cumple un año. En la casa que estaba cerrada lo hacen, con toda la ropa, las herramientas, sus cosas que tenía, todo junto ahí y le rezan otra vez. Rezan, comen, le hacen el waki otra vez, lo velan de nuevo.

Ese es el cabo de año, le vuelven a llevar ropa a quemar, y las comidas que se juntan en el waki le llevan a quemar, y junto con esa ropa también queman el luto, porque acá cuando muere un familiar se colocan luto, una tira negra, una camisa, una blusa si es mujer, esa ropa la queman, la llevan junto a quemar.

Se saca ya el luto, lo quema, entonces ya se coloca ropa de otro color.

Las personas nombradas van a quemar, vuelven y ya se terminó todo. Entonces ya empieza la alegría, empieza a tomarse unos tragos, toda la familia, si hay invitados, todos comparten juntos, después ahí ya no falta un tocasete, una radio y se empieza la fiesta, a bailar, ya se acabó el luto.

Caspana

La casa se cierra y queda así durante un año. Después de este tiempo se hace la ceremonia de Acabo de año o Cabo de año como dicen algunos. Para botar el duelo. Porque se tiene la promesa durante un año de no cantar, de no bailar. Se usan ropas negras. Después de un año se reúnen nuevamente los dolientes e invitan a una liturgia y a otra ceremonia. También se copla y al otro día se termina con una comida que siempre hay que compartir y ahí se hace la última quema de comida y del resto de ropa. Si no se reparte. Pero no todos aceptan, porque hace recordar. Otros no, otros dicen: "yo necesito". No es igual para todos.

Estas son las creencias que tenemos nosotros.

Caspana, las once de la mañana y don Faustino nos dice que hay misa de cabo de año. Hace un año murió el suegro de Miguel y hoy se le recuerda, se le reza, se le hace su última despedida.

Al centro de la pequeña iglesia, construida a comienzos de 1600, hay una mesa cubierta con un paño negro, con dos calaveras blancas pegadas a él, también de género. Un bulto levanta la cabecera.

Aquí está el difunto, recibiendo las atenciones de sus deudos nuevamente.

Julián hace la liturgia. La gente, sentada en los poyos y en los bancos pegados a las paredes, responde los rezos.

La ceremonia acaba y Miguel invita a los presentes a hacerle un cariño al alma. La gente sale de la iglesia y cruza el pueblo.

Dentro de la pieza está la mesa con un bulto negro sobre ella; es el difunto. A su alrededor hay comidas, flores, panes. Una vez más se vela al finado.

Almorzamos, conversamos, coplamos.

Ayquina, el pecho te arde y se expande, se contrae y se expande nuevamente, sabes que no sacas nada con escribir pero escribes, sabes que el generador tendrá que callarse en algún momento y que tal vez debieras acostarte, sabes tan poco y tan lejano, estás a 3.000 metros sobre el nivel del mar y los sueños se hundan cada vez más, sabes que sabes tan poco y eso te hace saber un poco más; estás vivo, eso parece cierto, el frío también es real, somos sombras sobre el mundo ¿pero sombras de quiénes?

Olor a guano, a desierto, a sudor. El frío me obliga a entrar a la casa, no tengo sueño y ya no queda nadie en pie en el pueblo, estás solo y la luz de la vela ilumina un fragmento de tu pupila, el motor del generador, la luz del mundo en este pedazo de algo que cambia a medida que cambias de posición, que cambia su sombra dependiendo hacia donde te mueves, ¿la sombra también eres tú? ¿está unida a ti?

Al fin las estrellas saltan y se acercan, algunos



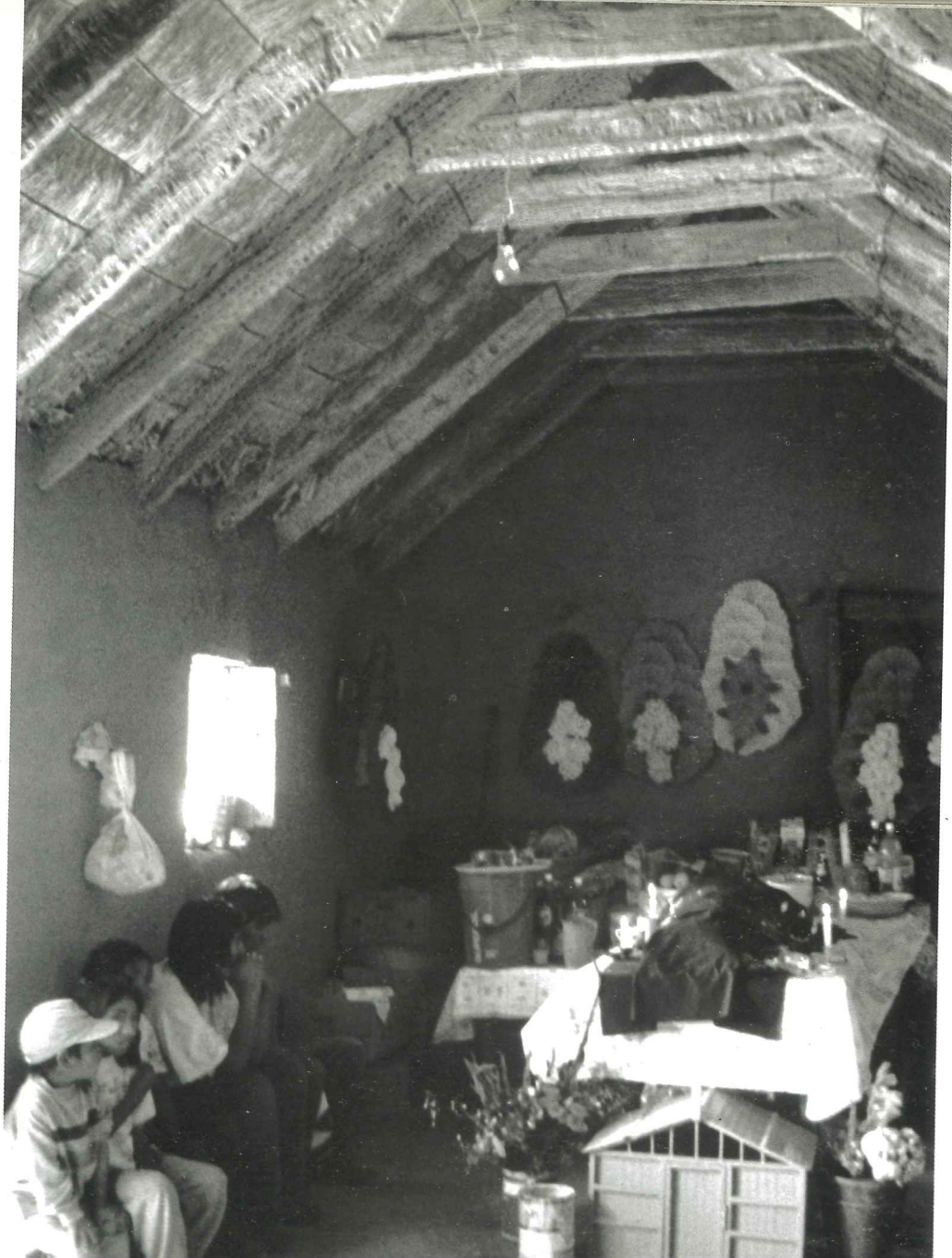
bichos revolotean, la indefinible nostalgia también gotea, el silencio de las estrellas moviendo el universo, el silencio absoluto que deja oír la inmensa máquina del universo, ese continuo perpetuo, ese ostinato demencial que aparece en el silencio. El inmenso motor formado por miles

de motores, el universo en marcha, el universo moviéndose, moviéndonos.

Debe ser el frío que comienza a helar mi mente. Alguien toca un trombón en alguna parte del pueblo.

¿ los muertos están muertos ?







YA VIENEN LAS ALMAS

En la penumbra de su cuarto, Juan arma las delicadas coronas de alambre y papel crepé. La luz rodea tímida sus manos llenas de flores.

Una vuelta más por el pueblo, el sonido del generador ya ha comenzado, las estrellas, el eco de los perros, vuelvo a mi punto de observación, la espalda apoyada sobre la pared, el José pasa con un atado de alfalfa en la espalda; "vengo de Turi recién, estaba helado pa' allá arriba", voces lejanas, sombras que se desplazan sin nadie que las produzca. Noche, estrellas contra el cielo, contra la ropa blanca. Pasos, Ayquina es un pueblo fantasma, puedes pasar horas en él sin ver a nadie, intuyendo voces, sonidos humanos.

En Ayquina las piedras se mueven, hablan como cuando antes, en los tiempos antiguos. En Ayquina los acantilados ríen, los pasos rebotan, la luna baja en el calvario. Los muertos vienen en estos días, los muertos y los vivos se unen, se hablan. Un viejo camión suena yéndose desde la ladera del frente, el viento y el balido de una oveja.

Ayquina centro ceremonial, Ayquina recibiendo a miles de personas para la fiesta de Nuestra

Señora de Guadalupe, Ayquina fantasma pero una vez al año visitada por miles de personas, Ayquina desierto, Ayquina quebrada, Ayquina labios y bocas y ojos, tantos ojos, oídos tras las piedras, pasos que se acercan lentos, cargados, una señora con su atado de pasto sube curvada desde la quebrada, oscuro, se acerca lenta arras-trando sus años, sus ojos, el desierto que la hace ser inmensa bajo el montón de pasto, ¡ buenas noches ¡ ¿ cómo está ?, intercambio de sonrisas, ladridos de perros, pero los muertos, ¿ los muertos están muertos ? Tú, viejo, padre mío, ¿ estás muerto ? sí, ya lo sé, ¿ pero estás realmente muerto ? ¿ qué es la muerte ? ¿ tiene algún sentido preguntárselo ahora que sabes que no lo puedes saber ?

Sabes que es la única certeza que en realidad tienes en esta vida, sabes que algún día morirás, y tal vez ahí lo sepas, ¿ pero será una decepción morir ? ¿ conocerás realmente ? ¿ verás alguna luz que te haga poner la pieza clave para entender la vida, para armar el rompecabezas de la vida ? ¿ la muerte existe ? El motor de una camioneta vieja se acerca por la quebrada, alguien llega ¿ será la muerte ?

Muerto sobre muerto se construye la historia, muerto sobre muerto vive la humanidad. Las horas pasan tan lentamente, las diez y algo de la noche y ya luego apagarán la luz, cada vez es más frío, estoy solo en medio del desierto, allá adentro el Conejo, don Félix, la Virginia, el Polo, doña Rosa. Juana se llamará nuestra hija, si es hombre se llamará Pedro, nadie lo sabe. Mañana llegará en la panza de la negra Javiera, en su primer viaje al desierto. Tienes tan sólo cuatro meses.

Por la mañana, las paredes del viejo cementerio son reparadas. Piedras y lodo.

Es rectangular y dos de sus murallas sirven de apoyo para las casas adyacentes. Incluso hay una pequeña habitación construida en una de las esquinas con su puerta de salida ubicada en el mismo frontis del camposanto.

Esta proximidad es extraña. Esta cercanía espacial de vivos y muertos, separados apenas por un muro. La situación es más inquietante considerando su ubicación: está en medio del pueblo, en la calle principal, a cien metros de la iglesia.

Creo que el desasosiego proviene del hecho que nunca había visto un cementerio integrado de esta forma al espacio de los vivos. Generalmente se aíslan, se sacan del pueblo, se esconden, se apartan de la ciudad. Su cercanía, su sola visión nos recuerda nuestra temporalidad, nuestra propia muerte, y eso nos molesta y asusta.

Una vez terminado el muro se hace la cadena que va en su parte superior. Con el material sobrante rápidamente se construye un asiento bajo adosado a la pared frontal. Es una veintena de personas, hombres y mujeres que trabajan a la par.

El trabajo finaliza ya entrada la tarde. Lentamente el grupo se disuelve.

Martes, atardece, el mismo sonido del generador que ayer, los ladridos de los perros, el wiski quemando el gaznate, el cielo azul oscuro atrás del acantilado. Sentado en el mismo poyo en que he pasado tantas horas de mi vida, la espalda apoyada en la pared de nuestra junta de

vecinos. Los ayquineños estarán mirando el libro del carnaval, viéndose en las fotos, buscándose, reconociéndose ¿ importa para algo ?

El frío, el sueño, el rostro quemado y ardiente, todo el día maestreando, desarmando y armando nuevamente las paredes del cementerio. La comunidad trabajando, acarreando piedras, canteando lajas, haciendo barro, cemento, riendo entre broma y broma. La actitud es relajada, las piedras caen sobre algunos montones de arena, hace veinte años que no vengo a verlo dice una señora, y mira como está, de lo más bien. Algunas piedras caen sobre las tumbas, la gente se pasea entre las cruces desteñidas, entre los nombres de sus antepasados, sobre los cuerpos ya desintegrados de sus antepasados, de aquellos que fundaron Ayquina, de aquellos que la habitaron hace ya tantos años.

El pueblo amanece y parece tan desolado como siempre. Dos mujeres barren las calles tratando de disimular la visita que miles de personas hicieran para la celebración de la Virgen de Guadalupe y que dejaran el pueblo sembrado de desperdicios. Sin embargo, la mayor actividad es realizada por los gorriones que revolotean en los árboles del patio de la iglesia. El sonido que producen contrasta con el silencio de toda la quebrada.

Vamos a Turi. Allí están María y Félix, Virginia, Irma y los niños.

A las 11 almorzamos con ellos: conejo, arroz y papas. Luego nos bañamos y volvemos al pueblo, más tranquilo aún que en la mañana.

Paradojalmente, revivirá por el 1 y 2 de noviembre.

En la tarde recorremos las terrazas. La quebrada es ancha y verde. Y el río una fina serpiente esmeralda.

(La serpiente viaja por la sal.)

A las 5 parto a Caspana.

Siempre me alegro de llegar a Caspana. Siento que de alguna manera pertenezco acá, como pertenezco a todos los lugares que amo, aunque la verdad es que no pertenezco a ninguno.

Juanito ya está atendiendo el almacén. Conversamos mientras el tigre espera agazapado bajo el mostrador.

Luego oscurece. El silencio inunda poco a poco la quebrada como un suave y espeso torrente. Caspana. Noche. Y tú tan lejos.

Este río se parece a mis sueños. Antiguos espíritus ríen en la iglesia y bajan por la calle larga del pueblo, donde mañana encontraremos sus huellas blancas.

(En ese momento, desearé otra tarde gris, llorar otra vez por mi padre, mi primer día de escuela. Recordaré ese juguete perdido en un galpón que habitaban gnomos y gatas que parían a escondidas.

Desearé un solo día más en esa casa ahora ajena.

Porque otro está sentado a la luz de la vela, escribiendo sobre alguien que conoció cuando la Muerte no existía.)



Sentados mirando el piño de cabras pastar al lado del río Salado, al frente el acantilado y su pintura de diablo, el viento pasa y refresca la tarde, es 31 de Octubre y las palabras se deslizan fáciles, se van quedando entre las matas de cortaderas, aparecen por la vuelta del sendero y me van descubriendo un mundo tan ritualizado, tan lleno de significados. Mañana es Todos Santos, mañana vendrán las almas de los muertos, mañana vendrán los muertos una vez más hacia esta tierra.

Don Pancho Rodríguez me cuenta, me enseña sobre este mundo y todos los mundos, apoyado en una pirca de terraza de cultivo me voy enterando de lo que ocurrirá mañana, de cómo ha ocurrido desde siempre, desde que el tiempo es tiempo.

El año dando vueltas hasta llegar al mismo punto, el rito marcando el tiempo, haciéndolo más humano, don Pancho hablando en este silencio inmenso. El sonido de los cascos de las cabras, de sus mandíbulas cortando el pasto, de la piedra que don Pancho lanza hacia unas cabras que se alejan, del sonido que hace con la boca para que la cabra vuelva y se quede por aquí cerca.

Las cinco de la tarde en la quebrada de Ayquina y el río cuenta la historia:

Mañana tempranito tenemos que empezar a movernos, a cortar ramas de los árboles para hacer la tumba; pimientos, perales, higueras. Cortar ramas, con eso se le hace allá un arquito, se coloca en una mesa, arrimado al muro. Ahí le coloca la estampa, si tiene la foto del finado le coloca, sino cualquier otra cosa, un crucifijo. Después ya empiezan las ofrendas, los monitos de pan dulce, galletas, cuanta cuestión hay;

carne asada, chicha, una botella de pilsen, un tarro de duraznos, de todo se coloca en la mesa. Y las coronas en los lados, ésa es la tumba que le llaman. Y eso lo arreglan en la mañana, a esa hora de las diez y media, once, ya tiene que estar casi todo listo. Todos, el pueblo. Después ya a las once y media se van todos a la iglesia, hacen misa, liturgia, y ahí es cuando empieza el rezo. De ahí se vienen a la casa. Ahora nosotros tenemos que invitar, por el finado Demetrio, es el más nuevo, nosotros comenzamos. Se viene toda la gente que está en la iglesia, vienen a la casa y ahí hay que servirles almuerzo. Rezan, se sirve el almuerzo, listo no más, se van a otra casa, sigue el recorrido.

Los rezadores cantan y la gente los acompaña. Y eso es todo el día. Este año son seis casas, en la tarde terminan. Después ya como a las seis y media, siete, se van al cementerio, van llevando velas, a todos colocan ahí las velas, a los muertos. Van a los dos cementerios, el viejo y el nuevo, cada uno sabe dónde tiene sus familiares muertos.

Eso es lo que van a hacer mañana, durante todo el día.

Después del cementerio se van a la iglesia otra vez, a la novena, ahí rezan, cantan, de ahí ya tenemos que invitar otra vez nosotros, como somos los primeros, para la segunda vuelta, en la noche. Tenemos que hacer otra vez comida, pasan por la casa y se van otra vez, a donde los recibieron se van de nuevo.

Después, más en la noche, también hay otras personas que invitan, pero no sirven comida, nada más que unos tragos de refresco y rezan, empiezan al tiro a repartir las ofrendas. Ponen buen poco de ofren-

da, ahí le pasan pan dulce, pedazos de queque, una galleta, una caluga, y uno las tiene que recibir.

Aparecen varios, después, en la mañana, antes de que salga el sol, hay muchos que dicen “ya, pasen a la casa, estoy esperando que pasen por la casa”, y ahí le sirven una taza de chocolate, un pan, y reparten las ofrendas, así que uno tiene que andar con su bolsito.

Queda poquito en la mesa, eso es para llevar para el cementerio. Hay que calcularle para hacer rezar. Supongamos que la persona dice “ah, yo tengo un hijo, mi mamá, puede decir, mi papá, un hermano, que están muertos”, entonces calculo para cuatro platos de ofrendas, y el resto todo se reparte a la gente. Y listo, rezan los rezadores, después el dueño de la casa dice “ya estoy listo”. Rezan, dan las gracias, y ya el otro está esperando que pasen por su casa también. Se van para allá, están en esa casa y hay otro que dice “ya pasen a mi casa”, y así, andan ahí juntos, que no se le pierda ninguna de las casas. Y le van dando galletas, pastillas. Ahí junta, después se lo va comiendo.

Pasa toda la noche, sigue en la mañana con la otra vuelta, hasta las once y media. A esa hora ya todos se van al cementerio, porque la costumbre es que a las doce tienen que estar en el cementerio todos, porque las almas llegan por 24 horas no más, llegan el día viernes a las doce del día y se van el sábado a las doce del día, entonces a las doce del viernes ya tiene que estar todo preparado, todas las tumbas preparadas para que llegue el alma acá, a su casa, y encuentre que lo están esperando. Y el día sábado todos tenemos que estar en el cementerio a esa hora, para despedir a las almas que a esa hora se van. Esa es la creencia.

Jueves en la mañana, voy a la quebrada temprano a cantar y tocar, el sonido del lugar es increíble, las paredes de los acantilados hacen una resonancia exquisita, dependiendo donde uno se mueva cambia el sonido. Don Pancho me invita al carneo de un llamo, ahí está toda la familia, afuera del corral. Adentro el piño de llamos.

El desierto, el azul de la mañana, el corral de piedras, el llamo sostenido por cuatro personas, tumbado sobre la tierra. Don Pancho toma el cuchillo y lo entierra en el cuello lanudo.

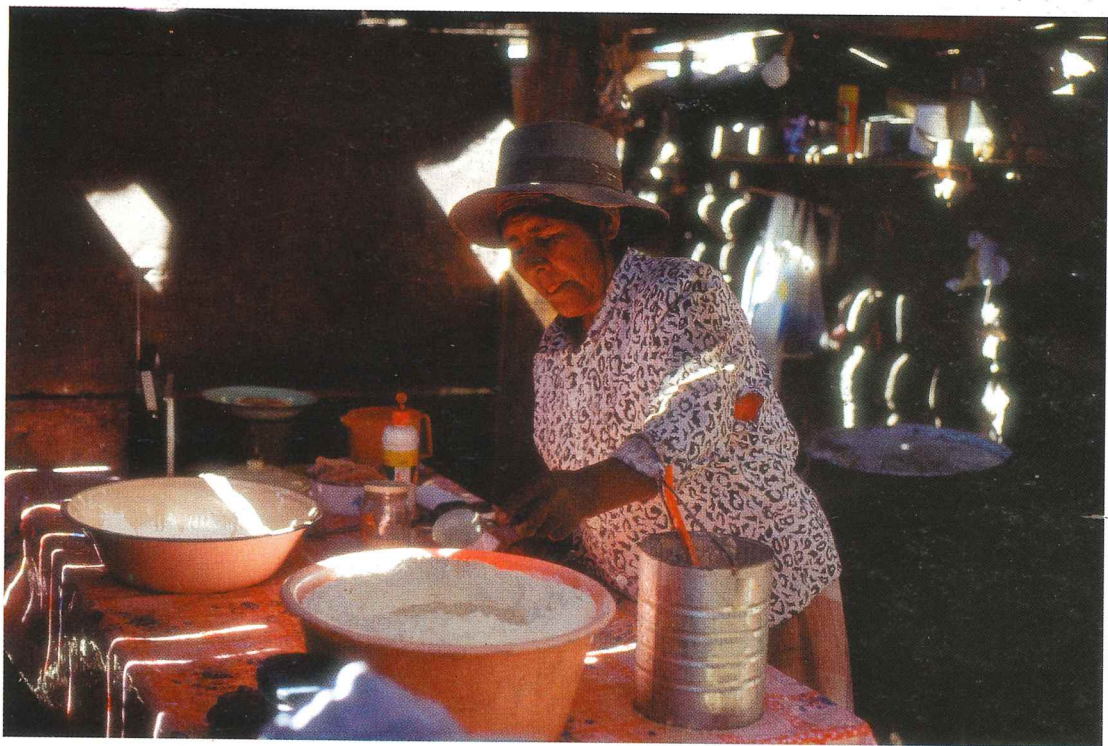
Sonidos, bufidos llenos de terror y fuerza, de vida y muerte, la lucha en ese momento crucial, los estertores y el cuerpo estremeciéndose mientras el cuchillo corta la garganta y un chorro de sangre salta y cae a la tierra y dentro de un plato. Un jadeo tan intenso sale de la garganta abierta, un sonido escalofriante que aún persiste en mis oídos, grabado en mi mente para siempre, igual que la imagen de los ojos de terror e incredulidad del llamo mientras don Pancho corta y corta ese cuello.

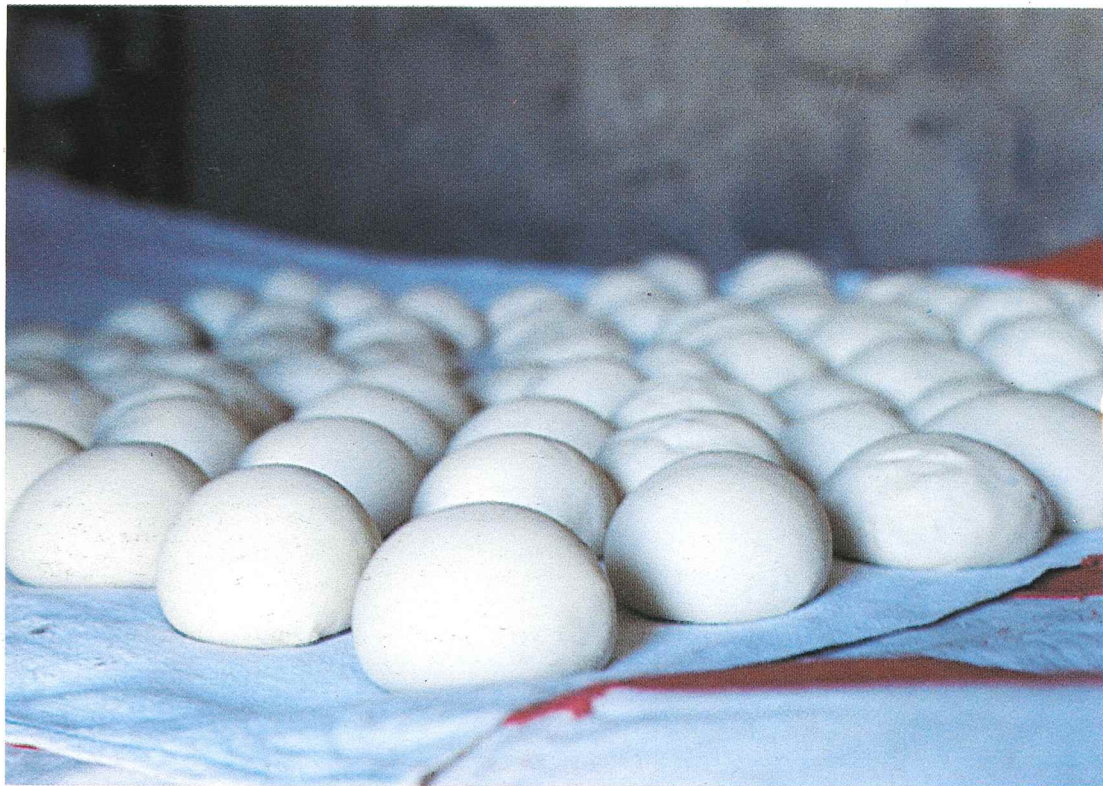
La muerte aquí, frente a ti. Hace un minuto ese llamo estaba vivo, en medio del piño. Ahora está muerto, lo están carneando.

Sacan el cuero y las vísceras, finalmente la carne es llevada hacia la casa sobre una carretilla, mañana se comerá para Todos Santos.

El 31 por la mañana el humo de los hornos se eleva hasta el mismísimo cielo, haciendo que las almas se rechupeteen de gusto. Los espíritus bailan de felicidad levantando remolinos por la quebrada.















La Virginia nos invita a Turi a hacer los panes para los difuntos. Ahí están Jerónima, María, Virginia e Irma. También los chiquitos: Mauricio y Matías. Cuatro generaciones se juntan en estas casas de piedra. Al lado el pucara de Turi, pueblo de antiguos.

La manos se hunden en la masa una y otra vez, la luz entra a la pieza por las rendijas del techo, iluminando cueros, paños blancos, sonrisas. Las mujeres trabajan en distintos tipos de masas; dulces y saladas, de harina común y candeal, y una mezcla de ambas llamada "mestizo".

Las masas están a punto y comienza la preparación de panes y bizcochos. En la casa de la mamita Jerónima, Irma y Pablo le ayudan. Hacen "monos" con los panes, figuras de animales, personas, escaleras. En la casa de María, vecina a la de la mamita, la Virginia y yo nos reímos haciendo lagartijas, llamitos, perros.

La Irma y el Pablo llegan a mostrarnos sus creaciones y a reírse de las nuestras. No, pero éstas están mucho más bonitas, no, mira, ¿y ése qué es? un elefante, claro.

Pasan las horas entre idas y venidas, todos reí-

mos de los monos, de los inventos. Las mesas y las camas se van llenando con escaleras, palomas, hombres y mujeres, con panes redondos y cruces.

Sobre algunos panes se ponen las iniciales de los difuntos. Las letras negras, hechas de masa con hollín.

Los chicos entran y salen corriendo de la casa, los panes se hacen con alegría, se amontonan llenando la pieza. La Virginia ha salido a prender el horno de barro y piedra, el humo se va yendo por el desierto, un piño de cabras pasa por el camino, vamos sacando los panes para meterlos al horno.

Paños rojos y blancos sobre el desierto. Olor a vida.

Se abre la puerta del horno
y escapan perros, llamas
palomas y ángeles

Doradas golosinas
Comida de almas



FALLECIÓ DO 1-7 83

DOROTEO A. RE.P.

DÍA DE TODOS SANTOS

«Es una costumbre, tradición de muchos años. Dicen aquí que llega el alma del que murió y esas comidas que colocan ahí en la tumba, es que ahí está comiendo el alma». (Francisco Rodríguez, Ayquina)

Viernes primero de noviembre de 1991, día de Todos Santos, Ayquina, 9 de la mañana, sentado en los pastos que rodean al río Salado escucho el canto de los pájaros, algún perro lejano, los patos, ese zumbido constante que ya jamás me abandona, esa vibración ondulante y deliciosa siempre en mis ojos. Las 6.30 de la mañana y salgo al encuentro del sol, a buscar la vida a la quebrada, me encuentro con Armando y me dice "pa' dónde va tan temprano, venga a calentarse al fuego".

En el patio de la casa de don Demetrio está don Pancho con un fuego grande, hirviendo las ollas para cocinar la carne y las comidas para la fiesta, se ven humear otras chimeneas por el pueblo, todo se mueve en función de la fiesta. Veinticinco mil pesos el llamo, otro tanto en todo lo demás; bebidas, arroz, papas, postres, dulces, vino y cuanta cosa hay.

Vamos a buscar las ramas de álamos que han

traído de Calama en camión para hacer un arco ante la tumba, la mesa. Estas ramas son más preciadas que las que hay aquí: pimiento y peral.

Don Pancho va a la quebrada a cortar más alfalfa para los corderos; Armando va a regar. Los hombres preparan las mesas, hacen el arco con las ramas, las mujeres cocinan, ya han conseguido platos y servicios, vasos, bancos. Los parientes que vienen de Calama traen bebidas, sacos con mercaderías, garrafas.

Vengo a la quebrada, el silencio es casi absoluto, algún pájaro que canta tan sutilmente, algún insecto que pasa y la brisa en mis manos. Los acantilados se van cubriendo de luz, me acuerdo del tata, tantos años muerto. En un rato más comenzará una ceremonia recordatoria especial para los difuntos, el ambiente de estos días es tan especial. Yo también tengo mis finados queridos, rezaré por ellos. Tantos años sin verlos. Una persona muere y ya nunca más, nunca más su rostro, nunca más su voz.

Don Sigifredo aparece en el río, alma nueva. El misterio de la vida y de la muerte siempre tan adentro.

Se cree que en el día de Todos Santos estamos todos juntos, tanto los vivos y los muertos, pero por horas no más, no es que ellos vayan a quedar con nosotros acá.

Hoy día, después de las doce estamos juntos, como que todos estuviéramos vivos, los espíritus de los muertos están junto a nosotros. Es una fiesta de todos los santos, es un día de todos; muertos y vivos.

Como a las once empieza en la iglesia. Primero una

persona hace la liturgia, después ya cantan para los ángeles, después de eso cantan para los grandes, los difuntos.

La iglesia pequeña y oscura de Ayquina, los bancos en hilera, los santos y la Virgen adelante, el altar, las banderas con los estandartes de las cofradías de bailes que repletan el lugar para la fiesta de La Virgen de la Guadalupe. Ahora es distinto, es silencio y recogimiento, son las pocas personas que ocupan los bancos delanteros. Don Félix Berna hace la liturgia y recita los nombres de las almas, de las ánimas benditas que vendrán a acompañarnos durante la fiesta. La larga lista va nombrando los nombres que ya no se nombran, los nombres que se nombran sólo para esta fecha, los nombres de los muertos.

Sentado atrás observo, me recojo, me voy dejando llevar por la letanía, por la imposible evocación que esos nombres hacen en mi mente. Aquí están nombrando a todos los muertos de Ayquina, a todas las personas que han formado este pueblo, que han vivido y hecho vivir este pueblo.

La historia.

Una sensación extraña corre por la espalda, o por los ojos quizás, los nombres se van perdiendo en una bruma sonora, enredándose las sílabas, comiéndose los silencios.

Quisiera escuchar el nombre de mis muertos queridos al final de esta larga lista, quisiera que este rito fuera también por ellos, que socialmente fuera también para ellos.

Espaldas curvadas, pelos negros.

" .. Berna, Concepción Berna, roguemos al Señor, María Berna, Domingo Berna, Rafael Ber-

na, roguemos al señor.." La interminable lista desfila en mis oídos, en mis ojos que intentan vislumbrar rostros, gestos, años atrás de los nombres, de las cruces sobre la tierra del cementerio.

La melodía del canto trisagio, tan lenta, tan triste, tan antigua.

Al final de la liturgia dos rezadores cantan el «canto de las ánimas», y luego el hijo del difunto más reciente, el alma más nueva, invita a toda la gente a pasar la mesa, que ha sido arreglada en la casa del difunto para recordarlo y agasajarlo.

Noviembre de 1993, don Demetrio es el alma más nueva de Ayquina y por eso a la familia de don Pancho le corresponde hacer el mayor festejo, una especie de nuevo velorio, el más importante, el del alma más nueva.

Luego pasarán por otras seis casas que corresponden a las almas que tienen hasta tres años de muertas, donde se dará almuerzo, once o comida según corresponda, junto a los continuos rezos y salves. Se reza de manera más importante para el alma más nueva, pero también se reza para los difuntos antiguos.

Los rezadores entran a la pieza y tras ellos todo el pueblo. La pieza es oscura, la luz entra sólo por el vano de la puerta, las paredes de barro, los bancos pegados a ellas, el espacio vacío al centro.

Fotos, calendarios y afiches cuelgan de los muros. Desde las vigas de cactus cuelgan pedacitos de lana, para proteger la casa. Más allá la paja del techo. O el zinc.

Pegada a la pared Este está la mesa, llena y hermosa. Cubierta de alimentos y ofrendas, candelabros con velas encendidas. Un arco de ramas se levanta de la mesa, apoyado en la pared. De sus ramas cuelgan frutas y panes dulces de distintas formas. Un cartón escrito con los nombres de los finados de la familia, una o dos cruces pequeñas cubiertas de lana, uno o dos jarros pequeños con agua bendita.

Todo lo que al finado le gustaba comer en vida está sobre la mesa; panes, panes dulces o bizcochos con formas de animales; llamos, conejos, elefantes, camellos, escaleras. Galletas, caramelos, bebidas, frutas, queques, postres, botellas. De la pared cuelgan coronas de papel, de distintos colores.

La gente entra y se acerca a la mesa, se para frente a ella haciendo una fila para tomar un pequeño clavel rojo o blanco que está en un jarro pequeño con agua bendita, y asperjar con él sobre una pequeña cruz de palo cubierta con lana negra de oveja o de llama. La cruz está a la izquierda del jarro. Es la cruz de las almas, de los difuntos.

El mismo gesto es repetido con la cruz que está a la derecha, cubierta de lana blanca, roja o celeste. Es la cruz de los angelitos, de los niños muertos.

Mientras hace el movimiento, con la mano izquierda para la cruz de los difuntos y con la derecha para los angelitos, saluda a los difuntos de esa mesa y les da la bienvenida. Se persigna, da media vuelta y dice buenos días. Los dueños de casa lo reciben y lo invitan a sentarse.

El gesto es repetido por todos los asistentes, unos sentada.

La pieza se llena, quedan algunos afuera, sentados en los bancos y apoyados contra la pared, mirando los cerros.

Un rezador reza un Padre Nuestro, un Ave María y un Gloria. Todos participan del rezo. Luego hace una plegaria en que nombra a los difuntos que están escritos en el cartón sobre la mesa, o colgado en el arco.

Después comienza el canto, la letanía se va arrastrando lentamente. Las frases se van siguiendo unas a otras, diciéndole a María o a Cristo lo hermosos y puros que son, oh Virgen sagrada, oh madre de Dios que no hay en el mundo otra como vos, la polifonía del coro, las voces sonando cada una a su tono y a su ritmo, siguiendo sinuosamente la figura musical, como los coros de los bailes chinos de Chile central. El coro hace una gran armonía desarmada, las voces de las mujeres que conversan más allá, la acústica cargada de la pieza vacía, sólo la tumba en la parte Oeste, los pasos sobre la tierra compacta, húmeda, las toses allá atrás, la mujer y el hombre riendo, los planos sonoros, la locura de estos planos simultáneos que ocurren en las fiestas ayquineñas.

La letanía en el eco, en sombras, en la luz que entra por el vano de la puerta abierta y por alguna ventana tal vez, tal vez no. Desde adentro se ven los cerros en el hueco de la puerta, la gente sentada una al lado de la otra, cantando, apoyados en la pared.

El canto acaba, el rezador cierra el ciclo con tres Padre Nuestro, tres Ave María y tres Gloria. Luego hace una plegaria en que nombra a los difuntos.

Los dueños de casa comienzan a servir una cazuela de cordero o de llamo a todos los presentes.

Están perfectamente organizados y cuentan con la ayuda de toda la familia para servir y retirar los platos de unas setenta personas, adentro y afuera de la casa. Los sirvientes trabajan rápido y eficientemente, a veces se forma una cadena; los platos van saliendo de la olla en la cocina, alguien los lleva hasta la entrada de la pieza, se los pasa a quien los servirá y vuelve a la cocina por más platos.

Un pan amasado y cazuela, los vasos de vino que los sirvientes nos dan una y otra vez. Con tres o cuatro vasos sobre la bandeja, recorren la fila de personas sentadas en los bancos. Llenan un vaso pequeño y lo sirven. La persona lo recibe, vierte un poco a la tierra, en forma de pago, y luego lo bebe. El sirviente toma el vaso y repite lo mismo con quien está al lado.

Antes de servirse todos van a la mesa con su plato y echan, con la mano izquierda, un poco de cada una de las cosas que comerá en un recipiente, el plato del muerto, el waki, el plato del difunto que contendrá un poco de todas las comidas y bebidas que la gente se servirá, y que luego de la última pasada de mesa será quemado en una quebrada hacia el Oeste del pueblo. El o los recipientes, dos fuentes o tarros grandes, están delante de la mesa, abajo, sobre un banco.

La gente come, conversa, convive. Luego de la cazuela viene el seco, generalmente un plato de estofado de conejo o llamo, con arroz y papas. La comida acaba, un rezador se levanta y canta el Alabado para agradecer por el alimento.





Luego otro rezador canta un salve, la melancolía del canto llena la pieza, una y otra vez, los distintos cantos van creando una atmósfera íntima, recogida, triste.

Los rezadores se van turnando, el coro se mantiene siempre.

Se canta un salve de despedida y la dueña de casa, siempre ella, nunca el hombre, reparte hojas de coca a los invitados. Éstos hacen pequeños atados con ellas y las queman en las velas que están sobre la mesa, siempre con la



mano izquierda, luego las dejan en un recipiente pequeño especial para este fin.

El olor a hoja de coca quemada endulza el aire, lo llena.

Mientras el rezador aún canta el último salve la gente se levanta hacia a la mesa y se despide; asperja agua bendita sobre las cruces, se persigna y dice muchas gracias a los dueños de casa, que están parados en el umbral de la puerta.

Ellos asienten con la cabeza, los más amigos se acercan y le hacen un gesto más emotivo, les dan la mano, les golpean la espalda, especialmente a los parientes del finado más nuevo. La señora de don Pancho llora mientras se acaba de pasar esta primera mesa, es la única persona que veo llorar.

Al terminar, el rezador dice: " Hemos hecho un Padre Nuestro, tres Ave María y un Gloria en sufragio de Fulano de Tal, para que el Señor se sirva quitarle las penas en que está y le perdone sus pecados y le lleve a descansar en su Santísimo Reino. Y cuando nosotros nos vayamos de este mundo al otro, no faltará quien lo haga por el bien de nuestra alma. Amén. "

Ahí los hago pasar a sentarse, rezan. Después tengo que empezar a servir la comida, sin que me digan, tengo que tener los platos para toda la gente que haya. De repente queda corto de platos, de tazas, si es que uno va a servir té, queda corto. Todo eso hay que juntar el día antes, prestarse de las otras personas que no tienen difuntos.

Y ahí en la tumba colocan un plato, grande, o un tarro, entonces todos los que están invitados, los que tienen la comida en la mano, en su plato - porque ahí no hay mesas, puro asiento, y uno se sienta y tiene que tener el plato en la mano - tiene que ir allá al lado de la tumba, con la cuchara echar un poquito de caldo a un recipiente que ahí se pone. Todos los que llegan tienen que echar, un poquito de caldo, un segundo, un pedacito de pan, todo lo que le dan para comer, reparte, un vaso de vino también tiene que echarle.

Pero después ya las ofrendas que le dan; una galleta o un pedazo de fruta, eso no, porque eso sale de la tumba.

- me contaba Armando que eso hay que hacerlo con la mano izquierda.

- sí, con la mano izquierda.

- ¿ y por qué ?

- eso es lo que digo yo, digo yo, ¿ por qué ? costumbre.

Don Pancho tampoco sabe por qué, sólo repite el rito repetido mil veces, el gesto que permite que el universo siga con su danza.

Es costumbre, todo lo que es para un difunto, para un muerto, tiene que ser con la mano izquierda, echarle con la mano izquierda. Cuando no es difunto es con la derecha no más. Si uno pasa con la mano izquierda a una persona, es como que no tuviera educación, que no respeta a la persona que le está pasando, todo tiene que ser con la mano derecha, en cuanto estar uno vivo, ya para el muerto sí, puro la mano izquierda.

Y al echar ahí con la mano izquierda al plato que está puesto en la tumba, es como que uno le estuviera dando al finado, al que se murió, como que le estuviera dando esa comida. Así es, así lo he escuchado y hasta ahora yo también lo hago; saco del plato un poquito, voy y lo echo ahí, nombrando el nombre del finado, y así lo hacen todos.

- ¿ y después qué hacen con ese recipiente ?

En todas partes que lo inviten, siempre va a estar ese recipiente, para ir a echar uno un poquito de vino, si le convidan una taza de té, echar un poquito de té, un pan, echar un pedacito de pan, entonces todo eso juntan, y después, el último día, cuando se termina todo, en la tarde, buscan a unas personás, les dicen "ya por favor, anda que vamos a quemar", entonces el otro también dice "ya por favor, tú como vas a ir, llévame los míos también para quemar".

Y los queman, a veces les dan una picota, porque hay muchos montes para allá. Se juntan tres, cuatro, seis personas, y llevan los tarros ahí con esa comida, ahí va un entrevero de comida, todo junto. Llevan la picota, fósforo, si hay algún líquido para que se encienda el fuego, y les dan una botella de vino, a cada persona que va a mandar a quemar, su botella de vino, así que ahí los quemadores juntan, si son seis personas que mandan a quemar, seis litros de vino, con eso van a quemar.



Yo he ido, lo queman para el bajo, para donde está la cancha de fútbol, para atrás, ahí en la quebrada, ahí lo queman, a esa hora está oscureciendo, oscuro, ahí están quemando.

Los parientes del finado no van, este año yo no voy a poder ir, otra persona que no es de la familia va a tener que ir a quemar.

Y ahí se acaba todo.



La gente sale de la casa y va hacia otra, donde se repite la misma ceremonia. De esta manera se produce un recorrido por diversas casas del pueblo, primero por las de las almas más nuevas, que son las más importantes de festejar, y luego por las de los más antiguos.

La gente recorre el pueblo, las casas, las almas dentro de las casas.
Una y otra vez todo se repite. Una y otra vez comes y comes. Rezas y cantas.
Las almas están contentas.

La comida ya casi no entra a nuestros cuerpos

pero ahí llega un nuevo plato de conejo con arroz. Uno más.

Y come hartó, con don Salustiano una vez, hace tiempo, dijimos "vamos a ver cuántos platos le hacemos". Y fuimos comiendo en las casas, un plato, después otro plato, después otro, yo me comí como 18 platos y él se comió más de veinte, y fuera del vino. Es increíble comer tanto, si ahora alcancé a comer como seis platos.

Dicen que el alma es el que hace comer tanto a uno, uno come y come pero es como que no come. Chii, al otro día usted va a comer ¿cuándo va a comer seis

platos ? no le entran, no come, dos platos no más. Pero ese día uno va andando y comiendo.

La gente come, come, como que las ánimas están, uno anda con hambre, pero esos son los espíritus de las ánimas que comen, es costumbre.

Atardece, luego de la mesa en la casa de don Luis Saire todo el pueblo va al cementerio, hay dos, uno viejo en el centro del pueblo y otro nuevo, de 1960, en las afueras del pueblo hacia el Noreste. Cada familia visita aquél en que tiene sus muertos.

El cementerio nuevo está en un lugar tan hermoso e inmenso, por supuesto hay una tumba que es la del tata y me viene una tristeza infinita, nostalgia de ese rostro y esas manos, nostalgia de esa voz y de esos ojos. Me quedo largo rato recordando, me envuelvo en ese estado de tristeza indescriptible.

Todos rezan y cantan delante de sus finados. Encienden velas, hablan con los muertos, entierran hojas de coca delante de las cruces, le dan vino a la tierra.

Luego todos se juntan en la entrada del cementerio y cantan el alabado, mezclado con los rebuznos de los burros y los papeles de las coronas al viento. Don Ventura guía el canto, hermoso y triste, como todos los que se cantan para esta fecha. La comunidad hace el coro; alabado sea el santísimo sacramento del altar, es María concebida sin pecado original.

Vamos al otro cementerio. Se repite todo. Las coronas ya blancas, viejas, que han adornado las cruces desde el año pasado, son retira-

das. El cementerio se limpia, se ordena, la gente saca alambres, piedras, palos, papeles. Luego se encienden velas en las tumbas y se ponen las coronas nuevas, llenas de color.

Todo ha cambiado.

Atardece. El sol sonrío tras las cruces.

Salgo del cementerio y voy sobre el acantilado, el sol ya desapareció por el horizonte, al Oeste hay un color azul amarillento que inunda todo, los acantilados comienzan a pintarse con esos colores que sólo se ven en ciertos lugares a ciertas horas. Rodeado de una quietud abrumadora el viento mueve mis lágrimas, la pena moja mis labios, el tata se funde en mis ojos por largo rato. Oscurece, los colores se van apagando, llueve en mi sangre, llueve en mi alma.

¿ Los muertos están muertos ?

El misterio de la vida, tan fuerte, el misterio de este asombroso mundo, de este increíble universo del que somos parte.

Vuelvo al pueblo, recorro las calles con esas últimas gotas de luz y silencio en las piedras, quedo en un estado de difícil solución, camino taciturno, la vista fija en el aire. Todo el día cantando esos salves, esos cantos increíbles llenos de tristeza y melancolía frente a las tumbas, frente a las mesas preparadas para los difuntos y luego este acercarse de alguna manera al tata, a mi finado más querido.

El asombroso mundo y yo, esa inmensa red de sentimientos y sensaciones.

Agonizo mientras las estrellas cuelgan nuevamente de la noche y me siento a escribir mi vida, lo único que en realidad tengo, mi vida.



Viento en la cara, sol, pedazos de tierra girando ante mis pies desnudos, colores, arenas, tristeza, el viento recorre las grietas, los papeles, las coronas, trayendo y llevando a las almas, recorriéndonos tan delicadamente, haciéndonos saber que no estamos solos, que los muertos han venido y están ahí moviendo las coronas, cantando suavemente en el viento a través de los papeles.

Estas costumbres de nosotros son de mucho antes. Anteriormente los abuelitos nos contaban que decían que las almas vienen para el primero de noviembre, por 24 horas, bien largas las almas, contaban así. Entonces por eso nosotros ponemos las ofrendas para el día primero, y rezamos, cantamos porque esperasen las almas.

El tiempo pasa lentamente, el día se va colgando del barro de las paredes, los cantos siguen, las cabezas se van inclinando, son las tres de la mañana y el sueño vence a la mayoría, desde las doce del día que estamos aquí, en distintas casas pero en el mismo espacio, la pieza rectangular en penumbra, la gente sentada una al lado de la otra, los rostros taciturnos, la letanía, el canto monótono, las señoras cabeceando, el reparto de comida, los dulces, los panes, las palomitas, los pedazos de carne, el estado de melancolía en que la gente va entrando repitiendo las letanías una y otra vez, durante todo el día. El canto se mezcla con las risas de los que están en la puerta, de los que están fuera de la casa, hablando, contando historias, ese grupo de ca-

bro que siempre está ahí, para todas las fiestas, que sigue la fiesta más para divertirse, sin la seriedad y el respeto que quisieran los más viejos.

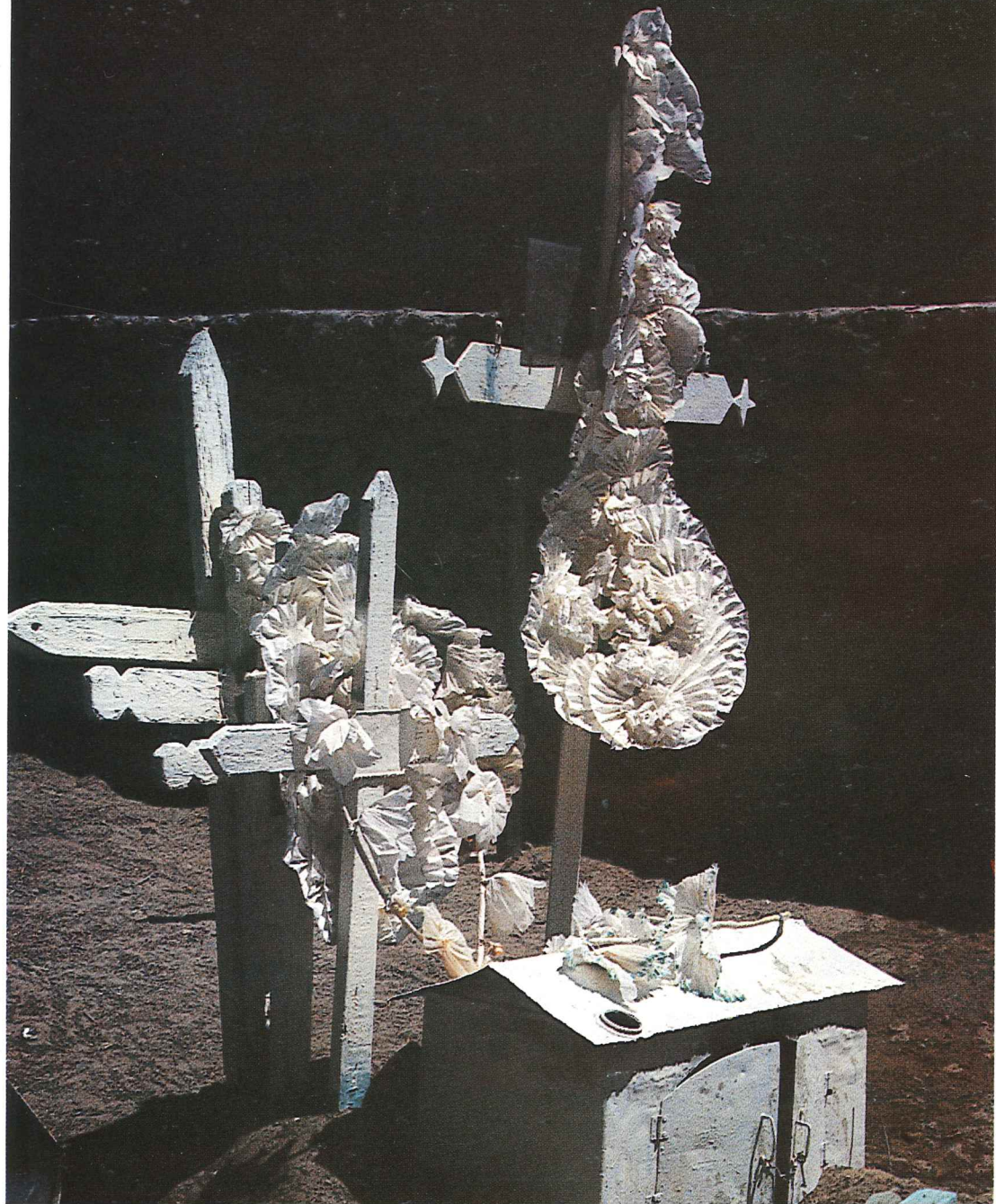
Afuera los cabros se ríen, adentro el canto se arrastra ; ay María ay señora adiós adiós reina mía, ay señora, el coro lastimero, la voz insegura del Mario Berna llevando el canto, de a ratos perdiendo la línea melódica, perdiendo el tono, al coro le cuesta seguirlo, la tonalidad es ambigua, todos cantan pero cada uno sigue más o menos su idea.

Comer para que las almas coman a través de uno.

La fiesta transcurre sin interrupción desde el mediodía del 1 hasta la medianoche del 2. Unas 20 personas se mantienen durante toda la noche del día primero visitando las casas de los finados de más de tres años, estas personas que se amanecen están orgullosas de eso y es comentado al día siguiente, son importantes por haberse amanecido rezando. A las 8 de la mañana del día siguiente se está nuevamente en la casa del finado más nuevo, donde empezó la ceremonia y donde tendrá que terminar luego de recorrer nuevamente las seis casas más importantes de este año.

Sueño, modorra, tristeza.

Las almas vienen a comer, aquí comerán el puro jugo, el espíritu de las cosas.





Caspana.

Temprano por la mañana el pueblo se comienza a preparar para recibir las almas de los difuntos.

Un sacerdote venido de Calama celebra la misa ayudado por Julián.

Durante ésta, las imágenes son sacadas en procesión al patio de la Iglesia, deteniéndose en cada una de las cuatro paradas ubicadas en las esquinas.

Primero San Santiago, siempre, excepto para su día, en que sale último. Luego los demás santos, y por último las vírgenes.

En la primera parada se pide por la comunidad, con la Candelaria sobre el primer altar.

En la segunda se pide por todos los santos, con la Purísima Concepción sobre el altar.

En la tercera se pide por lluvia, con San Santiago sobre el altar.

En la cuarta se pide por los que trabajan por la Iglesia y por las autoridades en general, con la Virgen de la Asunción sobre el altar.

Luego, se vuelve a la iglesia. Ahora, el Santiago entra al final: es el encargado de sacar a la gente y llevarla de regreso.

Una vez en el interior nuevamente, se ubica en medio de la Iglesia una mesa con un paño negro encima, que tiene en su cabecera y a los costados la imagen de una calavera con dos tibias cruzadas. Sobre ella dos velas, una cruz roja y otra negra, y un recipiente con agua bendita.

El padre bendice el túbolo con agua e incienso, también a los asistentes, y pide por las almas

nuevas, de los fallecidos recientemente. Luego, se da por terminada la misa y en la iglesia quedan los deudos coplando. Forman una fila para echar agua bendita sobre las cruces: con la mano izquierda sobre la cruz negra, y con la derecha sobre la cruz roja, para los angelitos.

Nosotros, nuestro cuerpo murió, pero nuestro espíritu no.

Entonces, a nuestros abuelos, a nuestros padres, a nuestros amigos recordamos. Y eso es lo que nos hace esperar Día de Todos los Santos.

Uno se preocupa de preparar alimentos y golosinas para esperarles a ellos. Hacemos también un pago por los bienes que ellos nos han dejado. Nosotros nos beneficiamos de ellos, entonces tenemos que acordarnos de ellos que nos han dejado herenciando. Es importante para nosotros, tenemos que esperarlos.

Pensando que ellos van a llegar, nos van a visitar, estamos preparándonos con las coronas, comprando las cosas para tener y ofrendarles a ellos. Ya tenemos el pensamiento puesto en ellos, sabemos que van a llegar.

Esta es la fiesta más importante. Si nosotros no tenemos eso, el alma se siente mal, llora. Y el llanto que ellos dejan es un atraso para nosotros. En la salud de nosotros o que no tengamos recursos. En cambio si nos preocupamos de hacerlo todos los años, no nos falta. Aunque uno no tenga, pero en el momento, aparece. Uno consigue.

En el caso de las coronas, cuando son difuntos nuevos, que todavía no enteran un año de su fallecimiento, entonces más acostumbramos a usar el morado y el negro. Ya una vez que tengan un año se puede poner cualquier color. Y para los angelitos siempre





se usa el blanco, y el celeste, también el rosado. Lo más claro.

Si hay un alma nueva, alguien que haya muerto hace un máximo de tres o cuatro años, el mantel con el que se cubre la mesa es negro.

Nosotros tenemos la fe de que ellos tienen permiso el día 1 a las doce hasta el día 2 a las doce del día. Llegan espiritualmente, invisibles, nosotros no los vemos. Pero te voy a decir una cosa: todas las comidas que se ponen de ofrenda, que se reparten a la gente y

que comemos en honor de ellos, no nos quedamos satisfechos, siempre tenemos el deseo de servirnos más. Entonces ahí se ve que de veras no comemos para nosotros, es alimentación para ellos.

A las almas nuevas, a las que no tienen un año, se les prepara más alimentación, más comidas y abundantes ofrendas, porque la mayor parte de la gente acude a estas almas nuevas. Son más visitadas. Nosotros dejamos comida, su agua, y si tú te das cuenta, baja. La comida que se ha preparado, la bebida, como que algo pasó. Se nota que bajó.

La mayor parte de la gente va a los cementerios ahora en la tarde. Arreglan las tumbas, ponen coronas nuevas. Dejan ofrendas de velas en las pequeñas casitas de latón al lado de las cruces. Se derrama vino sobre la tierra, se entierran hojitas de coca y se dejan recipientes con comida y bebida, con golosinas.

¿Dónde están las almas de mis muertos ? ¿ en qué laberinto nos hemos extraviado ? ¿ caminan ahora junto a mí o acompañan a mi madre en Santiago ? ¿ creen en nosotros ?

La luz dorada de la tarde lo invade todo. Estoy solo en el cementerio de Caspana. Solamente se escuchan las flores de las coronas movidas por el viento y las risas de los niños.

Soy el idiota del pueblo. El loco de la aldea. Paseo con mi mochila sobre el hombro tratando de percibir un mundo que no es el mío y que nunca lo será. Juanito y su padre, Domingo, se acercan y me ofrecen un vaso de vino. Antes de beber, le convido a los difuntos.

" I'm a stranger here myself ", Nicholas Ray que estás en los cielos.

Estoy aquí solo. Como relámpago sobre el agua, mientras abajo, inmóvil sobre el río, la misma sombra que me acompañará cuando se despache mi alma.

A las nueve de la noche hay otra misa, esta vez oficiada por Julián. Se llama Vispera y es semejante a la de la mañana, pero es para los difun-

tos. Termina con las coplas y la bendición del tumbolo por parte de los presentes.

Después de la misa, Julián comienza nuevamente a recorrer el Pueblo Viejo, visitando las casas en las que aún no ha estado. Otros copleros hacen lo mismo en el Pueblo Nuevo. Una cuadrilla se forma espontáneamente y le sigue.

Se reza, se copla, se conversa. Se da a la gente golosinas y cigarros; don Pancho enciende uno y me comenta sonriendo: " un precio corto, para un cigarrillo laaargo ". Reímos.

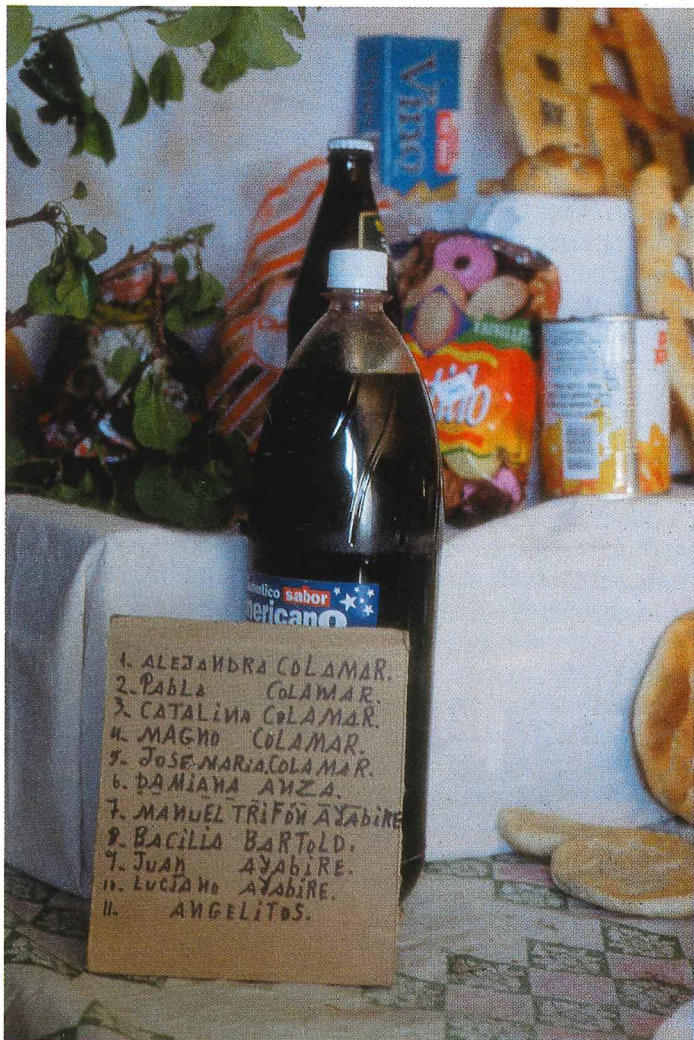
El ambiente, la obscuridad y esa luz amarillenta de las velas. Todo parece estar sumergido en una luz ambarina. Tengo siete años y puedo escuchar a mis viejas tías rezando el rosario en la casa del pasaje Tracción.

Finalmente se nombra a los difuntos por los que se ha estado allí, hay una lista con sus nombres sobre la mesa.

El dueño de casa agradece y la cuadrilla sigue su camino. Recorrerán el pueblo, coplando durante toda la noche y gran parte del día siguiente.

Está oscuro, hace frío y nos movemos siguiendo a los guías alumbrados apenas por la luz de la luna.

La cuadrilla recorre el pueblo
sombras sobre sombra
vagabundos con un pie en cada mundo.



1. ALEJANDRA COLAMAR.
2. PABLA COLAMAR.
3. CATALINA COLAMAR.
4. MAGNO COLAMAR.
5. JOSE MARIA COLAMAR.
6. DAMIANA ANZA.
7. MANUEL TRIFÓN AYABIRE.
8. BACILLA BARTOLD.
9. JUAN AYABIRE.
10. LUCIANO AYABIRE.
11. ANGELITOS.

MUSICA DE DIFUNTOS

De antiguo, de antiguamente venían éstos, yo conocía siempre porque tengo copia de la gente antigua, los viejitos me pasaron, así aprendí a cantar. (Felix Berna, Ayquina)

La música es fundamental en la celebración de Todos Santos, así como en todas las manifestaciones religiosas de los pueblos andinos. Ella actúa como elemento unificador y soporte de las fiestas, sean ellas "tristes", como en el caso de Todos Santos, o "alegres", como carnaval.

A través de la música la comunidad crea un vínculo que lleva a todos los comuneros a estar concentrados en lo mismo, cantando de manera colectiva durante casi toda la celebración. Por otro lado, es a través de la música que se establece el nexo con lo sobrenatural, es a través de los cantos que la comunidad establece el puente con sus difuntos queridos, a través de ellos pide al Ser Divino por el descanso de sus almas.

El calendario ritual anual de los pueblos andinos está asociado a ciertos instrumentos musicales, que sólo son tocados para ciertas épocas y celebraciones del año. Durante la celebración de Todos Santos no se usan instrumentos musicales, habiendo prohibición de tocar cualquiera de ellos. En estos días sólo se usa la voz humana, el canto.

En Ayquina estos cantos son llamados rezos o salves, y quienes los interpretan son los rezadores. Estos cantos son cantados en todas las ceremonias relativas a los muertos: velatorio, lavatorio, cabo de año y Todos Santos.

En Caspana se usan los mismos cantos, pero llevan el nombre de coplas, y quienes los interpretan son llamados copleros.

Las letras de los cantos corresponden a temáticas del nuevo testamento, son católicas y debieron haber llegado a Ayquina y Caspana durante el fuerte proceso de evangelización vivido en la zona en el siglo XVII.

Durante ese siglo, los misioneros, venidos del Obispado de Charcas (actual Bolivia) recorrieron la zona enseñando el catolicismo y realizando lo que llamaron "extirpación de idolatrías". Prohibieron los cantos, danzas, instrumentos y músicas indígenas por encontrarse ellas ligadas a los rituales andinos, que los misioneros calificaron de demoníacos. Existen documentos que atestiguan estas prohibiciones y los severos castigos a que eran sometidos quienes no cumplían estas órdenes.

De esta manera, algunos instrumentos fueron reemplazados y los textos católicos comenzaron a formar parte de la memoria colectiva.

Los misioneros se dieron cuenta que una de las mejores maneras de evangelizar era por medio de la música, enseñando la palabra divina a través de la música, usando las mismas formas musicales de los nativos.

Los misioneros aprendieron los idiomas nativos y tradujeron sus textos a ellos, de manera que en los siglos XVII, XVIII y XIX los mismos cantos que se cantan hoy para Todos Santos debieron haber sido cantados en quechua, como ocurre aún con los cantos de difuntos en algunas zonas del sur del Perú, donde un mismo canto es cantado en quechua y en español.

Luego, durante el siglo XX, el idioma nativo de los pobladores de la región del Loa se fue perdiendo, hablándose ya casi solamente el español. Durante este proceso los cantos de difuntos debieron tomar su forma actual, en idioma español.

Es muy interesante constatar que las melodías de los cantos de difuntos corresponden a las tradiciones musicales propias de la zona. Aunque para un oído no especializado estos cantos suenan "como típica música de iglesia", las escalas usadas en la mayoría de ellos son pentafónicas (de cinco notas) y trifónicas menores (de tres notas), de origen andino.

Es notable la forma de cantar el coro, que va respondiendo al canto del rezador. Este canto colectivo resulta en una polifonía amplia y "desarmada", cada persona cantando en su tono y en su propio ritmo, creando una gran masa sonora que se desliza dentro de cierta línea melódica sin una estructura fija. Este tipo de coros es una práctica común y muy desarrollada en los Andes, el Amazonas y la zona central de Chile, y corresponde a una estética propia de la música indígena americana.

Los cantos son siempre precedidos por un Padre Nuestro, un Ave María y un Gloria, que el rezador recita junto a los comuneros. Al final de cada canto se rezan tres Padre Nuestro, tres Ave María y tres Gloria. Siempre se cantan dos salves de saludo, comenzando con "Dulce Jesús mío", la principal. Para los angelitos se canta el "Trisagio". También se puede cantar "María Magdalena". Esto se hace desde el mediodía

del 1º hasta las 12 ó 1 de la mañana del día 2. Entonces se comienza con los "Alabados", hasta que se reparten las ofrendas, generalmente como a las cuatro de la tarde, momento en que se rezan "despedidas".

Los cantos, transmitidos de generación en generación, presentan pequeñas variaciones, inflexiones y adornos según quien los interprete. Los rezadores, quienes guían el canto, son en su mayoría hombres.

En Ayquina, durante Todos Santos de 1993 los principales cantores fueron don Justo Berna, don Pancho Rodríguez, don Esteban Huaca, Mario Berna, y Perico.

Durante 1996 son don Félix Berna, don Pancho Rrodríguez, Virginia Panire y Mario Berna.

Mario Berna, joven rezador de Ayquina, relata su experiencia;

Los rezos yo los aprendí cuando tenía una edad de 12 años, cuando venían personas a rezar yo me cobijé y empecé a cantar, a rezar, a sacar copias. Al final empecé a grabarlos dentro de mí, y copié y fui practicando hasta que llegó un tiempo igual a esta fecha y lo hice. El primer año, primera vez, no salía tan bien, pero se comienza.

Había una persona, hacía rosario, hacía misa, era don Rafael Berna, la hija tenía una copia y un nieto que también rezaba, y él me dejó la copia, yo aprendí. Entonces de ahí fui analizando, aprendiendo, y rezando. De ahí lo saqué. Y esas son ideas de antes, antiguas, de hace mucho tiempo, don Rafael sabía, era un rezador, tenía una buena voz para cantar.

Y cuando uno canta, si uno lo hace con más sentimiento, la gente se pone triste, se emociona, entonces el canto tiene que ser con un sentimiento, no es

llegar y cantar. Todo eso lo traté de hacer ayer, al momento que yo cantaba la gente me acompañaba. Le doy gracias a la Virgen, la gente me ayudó mucho, me acompañó bastante, no tengo nada que decir. Claro que a veces no, a veces había gente que cuando cantaba no me acompañaba, se pierden, a veces uno toma la música, el canto muy alto, a veces muy bajo.

El más difícil es el de los ángeles y querubines, el Trisagio. Ese viene porque es un ángel, el ángel muere, va a una gloria, entonces es un canto Trisagio, dice, "ay querubines, ángeles y serafines". Le canta don Pancho Rodríguez, tiene buen tono, tiene casi el mismo tono que el finado don Rafael, el mismo tono de ese canto, lo sacó de él, escuchando.

Don Pancho Rodríguez también me cuenta que quien sabía los cantos, los significados y los tonos era don Rafael Berna, él sabía las tradiciones, ya no queda nadie que las sepa bien. Ahora hay algunos rezadores pero no saben bien los tonos, cantan pero no en los tonos correctos, ya nadie los sabe.

Silencio, en un suspiro, con melancolía y sabiendo que las tradiciones se van perdiendo, don Pancho me dice "aquí no es tanto, allá en Toconce sí que es, hay unos rezadores muy buenos, aquí antes habían, ahora no, ahora cantan cualquier tono no más".

- murió don Víctor, don Natividad también ¿quién irá quedando ?

La palabra gira y queda en el silencio, siempre preguntándote, conversando con don Pancho y preguntándote, preguntándole.

- queda don Pablo Ayavire, don Delfín...

Silencio, don Pancho busca en su mente pero no encuentra..





LA MUERTE DEL ALMA

El espíritu no muere, el espíritu queda. Sería bonito que alguien se muriera y volviera otra vez a contar la historia.

(Abdón Saire, Ayquina)

Caminar, tomar desayuno en la terraza mirando los ciruelos contra el cielo. Los pájaros ríen en este tiempo lleno de vida, de abejas que sueñan, de padres que mueren.

Caminar, salir y mirar hacia la urbe, mirar una vez más el horrible escenario donde transcurren nuestras vidas, la ciudad cubierta por una capa negra, horriblemente densa, y sobre ella el cielo y la cordillera de la costa. Bajar, ir al trabajo, pasar el día en medio de ese feroz basurero, caminar, bajar por Larraín con esa tristeza en los labios, con ese sentimiento fatal en las pupilas, mi viejo se muere, mi viejo se está muriendo. Llamada telefónica, viernes; en cualquier momento entra en coma, en cualquier momento ya nunca más. Sentir entonces esa terrible urgencia por verlo, por hablar con él, ir al hospital pero no, a las tres comienza la visita, quedarme entonces con los ojos mustios recorriendo los alrededores porque faltan dos horas para las tres y el mundo

se va quebrando en las esquinas y en mi sangre, recorrer la ciudad sin mirar nada y viéndolo todo.

Los ojos cuelgan desde el suelo, mi viejo se está muriendo, los ojos fijos, la mente en ese estado tan especial, flotando entre las calles mientras los autos corren y vomitan en nuestros rostros, ir al parque y quedarse allí. Los árboles se nublan, el espacio se curva, se extiende, se arrastra, caminar sin labios, sin rostro, esa angustia que llueve en las hojas, en los semáforos, en mi cara blanca sobre el césped, en los niños que juegan a la pelota, mi viejo se está muriendo, el tiempo se anula, jugamos ping pong en la casa del pasaje Voguel, el viejo es el único que me gana, tengo trece, catorce años.

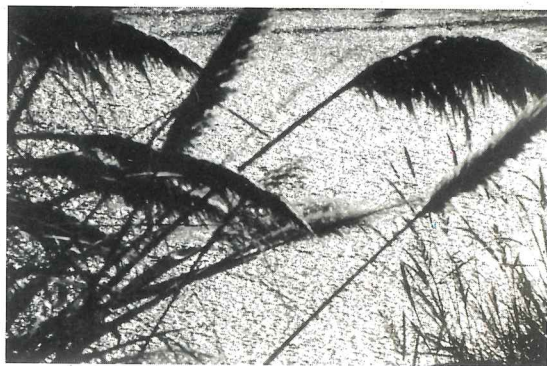
Caminar, dejarse llevar y volver al hospital, piso cinco, pieza seis, ahí está el viejo con sondas de oxígeno sobre el rostro. La emoción de vernos, ese abrazo tan sentido por ambos.

Mi padre.

Quedarse entonces mientras la tarde se cuele, se escabulle, quedarnos solos y hablar tantas cosas nunca habladas. Está tan bien, tan lúcido, aceptando la muerte con una entereza total; me hablas como jamás antes me has hablado, te hablo como jamás antes lo hice, la vida, los ciclos, mi padre se está muriendo, un día, una semana, un mes, mi padre se está muriendo...







Cuando muere va al cielo, si no, anda vagando, depende cómo ha sido la persona; si es malo queda vagando. Para el viaje tiene un compañerito, un perrito. Hay un río, y ese río tiene que pasarlo, y donde tiene su compañerito, ahí lo pasa, en dos días ya pasó al otro lado, así dicen, quizás cómo será.

Cuando muramos vamos a saber cómo va a ser, si va a ser bueno o va a ser sufrimiento, no sabemos.

Eso es lo que no sabemos, nadie ha muerto y ha vuelto a vivir para que nos cuente. ¡ Cuándo ¡ el Ser Divino no admite eso. Si lo tiene allá, sea el infierno o el cielo, ¿ usted cree que va a venir a contarnos ? difícil eso, así que no se puede saber. Eso es todo lo que sé yo.

¿ Los muertos están muertos ? El agua suena a mi lado y la respuesta me envuelve en su sonido ¿ hace cuánto tiempo que el agua de este río suena ? ¿ cuántos antiguos ayquineños escucharon este mismo río, este mismo sonido ? ¿ los muertos están muertos ? ganas de hablar con don Ventura, conversar la muerte, vivir la muerte quedándose de este lado, vivir primero este lado de la muerte, quedar vivo mientras alguien a quien quieres muere, vivir la muerte desde este lado y luego vivirla desde el otro, traspasando el umbral, dejando el cuerpo ahí para que vuelva a la tierra. Abandonar el envoltorio que te ha cobijado durante tantos años y que has sido tú, que tal vez aún eres tú; ¿ qué ocurrirá con eso indefinible que movía ese cuerpo que ahora ves ahí tan frío ? ¿ cuál de todas las hipótesis, de todas las creencias tendrá la verdad ?

Todas, supongo, todos creen más o menos lo mismo; algo hay que permanece vivo y renace en éste u otro mundo, algo hay que se mantiene

¿ adónde van los muertos ? ¿ cómo viajan ?
¿ quién los recibe ?
¿ qué son los muertos ? ¿ Los muertos están muertos ?

El sutil sonido del agua buscando los puntos más bajos del desierto para ir cubriéndolo, la tarde es oblicua al cielo, el agua entre las matas de alfalfa, las palabras arrimándose unas a otras, formando frases, conceptos, sentidos a la vida y a la muerte. La Virginia apoya la pala en el suelo y me mira sonriente.

El viento trae el recuerdo de otras vidas, de otras muertes tal vez.

- ¿ y cuándo se muere la persona, se muere no más ?

- queda el alma

-¿ y queda dónde, dónde se va ?

La Virginia conduce el agua abriendo y cerrando puertas de los canales, con la pala en la mano dirige la dirección de las aguas, atrás la pampa de Turi y los cerros, el Paniri, el León, el Echado. La cara tostada, la sonrisa junto al cielo, a la inmensidad que nos rodea. Los ojos brillantes responden la pregunta repetida mil veces en la mente. El agua inunda la era de alfalfa.

- el cuerpo se queda pero el alma no, así dice el rezo.

-¿ pero para dónde se va ?

- para la otra vida. Siempre cuando se muere alguien matan a un perro, el perro le ayuda a llegar adonde tiene que irse. En una parte tiene que cruzar un río, el perro pone el alma en la nariz y pasa nadando. La abuela Gerónima sabe esas cosas, a veces habla, a veces no quiere

contar nada. A veces cuenta que cuando se muere alguien hay que matar a un perro, el perro mascota, el perro más querido. Acá casi todas las personas tienen un perro, y lo matan, lo ahorcan en el momento en que se fue a sepultar, cuando ponen bajo tierra al finado. Mandan a unas personas a matarlo y lo entierran afuera del cementerio. El alma de perro guía al alma del difunto. Perro tenía que ser para el hombre y perra para la mujer.

- ¿ y después del río qué hay ?

- ahí no sé, pero sé que tiene que cruzar el río.

Miro el agua del canal y veo el río, todos los ríos.

- ¿ y hay almas que quedan dando vueltas por ahí ?

- sí, quedan las que no le hacen todas las costumbres, ahí el alma queda dando vueltas.

Acá tienen la costumbre de despachar al alma; decimos sus cosas, le hacemos su waki, para que el alma se vaya tranquila, se vaya, porque si no le hacen todas esas cosas el alma queda dando vueltas por acá y puede llevarse a otra persona, puede morir otra persona.

Después para Todos Santos esperan, por las almas más recientes empiezan. Cuando es reciente el alma llega toda la familia, traen coronas, flores, y ofrendas, hacen mucho de todo, y en la casa ponen su arco bien bonito, lo adornan grande, hasta el techo.

Cuando se murió mi hermano me acuerdo que mi mami hizo así, hasta la mitad de la casa puso sábanas blancas, en el techo y en la muralla, y una mesa grande, para el primer año. Después

ya pasan los tres años y la familia si quiere puede seguir invitando a la casa. Dicen que para Todos Santos vienen las almas a buscar sus cosas para irse, y con eso dicen que están hasta el otro año.

- ¿ y cómo será que vienen, tendrán que venir con el perro de nuevo para atravesar el río ?

- por eso me imagino que hacen perritos, usted ha visto que cuando hacemos panes siempre hacemos perritos, escaleras, palomas, personas, cruces, eso es lo más común que hay. Igual cuando se muere dicen que ellos en el otro mundo al que se van, dicen que son como alférez, llegan allá, son nuevos, entonces todos los reciben, y ellos tienen que hacer la boda, adonde llegan, para todos los otros, por eso cuando se mueren le hacen todo y le ponen muchas cosas, todo en grande, para que él tenga para convidar a todos. La misma boda que están haciendo sus familiares aquí, él la está haciendo allá, o sea, con el poquito que se echa al waki, el waki se quema y entonces él lo recibe como mucho, así me ha contado mi mami, mi abuela. Con eso él hace la boda allá, para las otras almas.

- entonces están todas las almas ahí juntas.

- claro, yo creo que sí, y vienen de vuelta para Todos Santos.

- y las escaleras y los perros serán para que vengan ?

- sí, puede ser, porque siempre hacen eso; escaleras, perros, y hacen a las personas, y en todas las casas se pone en el altar unas personas, y justo en el altar ponen las escaleras, yo me imagino que por ahí llegan, y por esos arcos, creo que deben ser la puerta por donde llegan.

- uhm ¿ cómo llegarán ? nadie sabe.

- va a haber que morirse no más para saber.

Silencio

- entonces los muertos no están muertos.
- no, están muertos de cuerpo no más. ¿ bonito no ?

Las ideas atraviesan los siglos, se pegan a la tierra y a los hombres. El cronista Pablo José de Arriaga nos lleva nuevamente quinientos años hacia atrás y nos cuenta lo mismo. El tiempo no existe.

" Las almas de los que mueren van a una tierra que llaman Ypamarca, que podemos explicar como la tierra muda o de los mudos. Dicen que antes de llegar hay un grande río, que han de pasar por un puente de cabellos muy estrecho; otros dicen que los han de pasar unos perros negros, y en algunas partes los criaban y tenían de propósito con esta supersticiosa aprensión y se mataron todos. Otros tienen por tradición que las almas de los difuntos van donde están sus huacas".

Mi padre se muere, sólo eso, la frase repetida mil veces en el cerebro, mi padre se está muriendo, los años se juntan de golpe sobre tu cuerpo, la lluvia y los sueños van quedando atrás, el futuro no existe, el futuro es un gran hueco en la tierra, es esa inmensa boca que se abre para tragarte.

El cielo está quebrado, hago interminables cantos para ayudarte a morir, padre, me lanzo sobre el piano y estoy horas cantando ese canto a lo divino, ese canto que tanto quiero y que mando a través del espacio para ayudarte a luchar, para ayudarte a aceptar porque ya nada pue-

de hacerse, porque ahora es sólo estar en calma, recorrer los últimos días dignamente, la última danza, la última lluvia, los últimos árboles en tu vida.

Enfrentar la muerte con los ojos claros, cerrar un ciclo y abrir otro, nunca más tu rostro, nunca más tu voz, nunca más.

La ciudad se mueve como si nada pasara, llueve, oscurece, la gente pulula y se agolpa en las vitrinas, la muerte en todas las esquinas, en todos los labios, la alegría inmensa de verte así tan bien, aceptando tu muerte con una entereza que jamás imaginé, dándome una lección tremenda de valentía, aceptando todo así tan rápido; tengo cáncer, me estoy muriendo y qué, no me voy a poner a llorar, pero la oferta no es ésa, la oferta es que el que me compre las agujas además le va a llevar cinco alfileres de gancho, dos agujas punta roma, diez botones y una aguja de zapatero, son cinco artículos diferentes por cien pesos, cinco artículos por sólo cien pesitos, tengo cáncer y tengo que seguir no más, tengo que luchar, si llegara hasta diciembre para matricularme como apoderado de los niños en el colegio y ahí me muero y ellos quedarían con toda la educación gratis, tengo que llegar a diciembre para hacer eso.

Tendido en la cama con el balón de oxígeno conectado a la nariz y tan bien de cabeza, tan bien tu rostro, tan bien tus ojos. Los años pasan, las cosas pasan y vamos aprendiendo, siempre aprendiendo, mi padre se muere, el vendedor baja de la micro, yo dejo mi pluma.

Cuando alguien se muere el alma queda, el espíritu queda. Claro, el cuerpo, somos de la tierra y la tierra

se termina, el hueso, la carne, pero el espíritu no, queda presente. Dicen que muriendo vamos a saber la historia, dicen que el Dios es también espíritu.

Nosotros no conocemos, no somos Dios.

Dicen que día y noche vamos a estar presentes aquí, igual no más que ahora, pero en espíritu.

Nosotros tenemos una creencia; mi mamá está muerta, mi padre está muerto, ahora nosotros no los vemos, rezamos, cantamos en nombre de ellos, pero nosotros no los vemos. Dicen que cuando nosotros muramos vamos a ir a encontrarnos con los muertos, vamos a ver, si encontramos o no.

El espíritu anda, igual que nosotros, cuando yo muero, mi espíritu anda. Claro, el cuerpo queda en el cementerio. Pero yo estoy viendo a mi familia, cómo están, yo estoy viendo pero no puedo conversar con ellos porque ya estoy en otra vida. A lo mejor nuestros abuelos, nuestros padres, estén mirando ahora, tengo un hijo muerto, puede que me esté mirando, pero yo no puedo verlo porque estoy en otra vida.

Mundos paralelos, el mundo de los vivos y de los muertos, ellos nos ven pero no nos pueden hablar, nosotros no los vemos, ellos nos escuchan, nosotros a ellos no. Mundos paralelos que se superponen, mundos paralelos que no se tocan ¿ los muertos morirán nuevamente, nacerán nuevamente ?

Los muertos están vivos, sólo están en otro mundo, están ahí, y cuando mueres te encuentras con los amigos, los familiares. Ponen toda esa comida en la mesa y en tus platos para que tú hagas la fiesta de entrada al otro mundo, tu bienvenida la pagas tú, el humo de la comida quemada es tu carro de supermercado.

el alma va en el perro, la comida va en el humo.

¿ llegaremos a encontrarnos con los muertos, con todos los muertos o solamente los queridos ?



Dicen que antiguamente, los antiguos, los abuelos, en algunos momentos críticos, en ocasiones especiales, en que los sacrificios de animales y los pagos a la tierra y al agua no eran suficientes, se entregaba una guagua a la vertiente, una ofrenda suprema a la Santa Tierra.

Abdón lo cuenta enfatizando la fe que ellos tenían, que los hacía capaces de entregar a una guagua por el bien comunal; "pero es que ellos tenían un poder, los más antiguos, nuestros abuelos. Entonces había uno que mandaba y trabajaban todos, ése mandaba las tierras, los canales y las aguas. Y en las aguas, donde ellos pagaban una vertiente, pagaban con una guagua. Ellos pagaban con una guagua a la vertiente, ellos pagaban y el ojo de agua se la tragaba, así pagaban.

¿ Y ahora nosotros vamos a pagar eso ? ¿ cuánto ? "

Don Alberto dice no, ahora no. La gente antigua se fue quedando, y ya se fue formalizando, se fueron bautizando y ahí fueron ya naciendo estas costumbres que hacemos ahora.

Ahora nosotros lo hacemos sencillito, dice Abdón.

Las almas nos cuidan y nos hacen daño también. Por ejemplo si tú eres mi amigo y yo me muero y nunca te acuerdas de mí, te voy a mirar, te voy a visitar. O se revela en el sueño.

Porque nosotros, cada uno tenemos un espíritu. Y ahora por ejemplo si yo me muero mi espíritu queda ahí vagando, hasta que nazca otro, y ahí se introduce. Por eso soñamos cosas que nunca hemos visto, no hemos andado. Y ellos han andado.

Yo creo que las almas todo el tiempo están con uno, por ejemplo la limpia de canales la tenemos que ha-

cer una vez, pero la Pachamama está toda la vida con nosotros, y nosotros tenemos que ofrendarle una vez en el año. Entonces, igual las almas benditas. Ellas están todo el tiempo con nosotros, pero el festejo, el cariño que les brindamos es una vez al año no más. Y siempre, siempre han dicho los antiguos que el mes de noviembre es el mes de las almas.

No muere el espíritu o el alma, lo que muere es el cuerpo. Y según contaban los antiguos, cuando va a nacer otro hermano que Dios manda al mundo, ahí entra el espíritu de ellos. Y por eso a veces soñamos donde nunca hemos andado, vemos cosas que nunca hemos visto. Entonces nuestros espíritus han pasado ya con la vida de otro cuerpo. Antes de estar en otro cuerpo está así como estaba el espíritu de Dios antes que hubiese el mundo, que hubiera la tierra, entonces vagaba sobre el agua, en el aire. Igual se dice que nuestro espíritu quedaría, aunque a veces pienso que a lo mejor no va haber nada cuando me muera.

Aquí les rezamos, les echamos agua bendita, unas comiditas, coronas, coca, todo lo que le ponemos ahí, y le pedimos que se sirvan, que no nos castiguen. Doña Hilaria dice que si nosotros no le ponemos, el alma nos va a hacer mal.

Don Alberto atrás de las velas. Su voz es un murmullo en la pieza, los recuerdos son recuerdos, experiencias, vidas. Ayquina de noche.

La finada de mi mamá estaba enterrada en el cementerio viejo, y a mi papá lo enterraron en el nuevo. Cuando yo estaba trabajando en María Elena, vine y la saqué de ahí. Solo, le excavé a la finada, le saqué de ahí, le saqué, ! y el cajón estaba enterito ! Cuando lo levanté se desarmó solo, y la finada estaba enterita,

los huesitos. Y yo, bruto, vine y en un poncho eché a la finada y la llevé para el cementerio nuevo, y ahí los dejé juntos.

Después los parientes dijeron; “puta, tú sacaste a la finada y no le hiciste ni un remedio, nada. Se enfermó mi papá y me enfermé yo, porque tú sabes que hay que echarle agua bendita, rezarle, recién sacarle, no es así no más”.

Yo saqué así no más, y se enfermó feo, tuvieron que hacerle un huaquicito, y hacerle una comida, para mejorarse. Como yo saqué y me fui, no me corrió a mí, a ellos les enfermó, a ellos y a las guaguas que tenían. Así que tuvo que carnear un cordero y hacer una comidita, hacer un waki para pagarle, y ahí dice

que se mejoraron, porque sacaron que el alma les había pegado. No es llegar y sacar así no más.

Yo llegué y saqué a lo bruto no más, llegué, cavé, por dejarle juntos allá, y allá están juntos ahora. Ahí quedaron bien.

A lo mejor es cierto el espíritu, porque si no cómo el muerto lo va enfermar. Pero la finada estaba toda, enterita, con zapatos, pero cuando la fuimos a sacar todo ceniza, ceniza, se desarmó todo, increíble.

Los antiguos cuentan, creen en esas cuestiones, creían, aunque ahora la mayoría de la gente poco cree, más que le hacen las intenciones, y qué, esos cabros de ahora, se dedican a puro chupar.

Eso yo le puedo contar, ése es el cuento que hay.





DIA DE DIFUNTOS

Un pequeño grupo de personas recorre el pueblo, ha salido de una casa junto con el sol en la cordillera, y se desplaza lento y taciturno por las calles. Casas de piedra, callejuelas estrechas, siempre subiendo y bajando.

Hace doce horas que mantienen el mismo rito, el mismo canto, el mismo espíritu. Algunos han dormido un rato y han vuelto, otros han estado siempre, otros se han ido.

En las casas se reparte la comida que está sobre la mesa, sobre la tumba del muerto. Nada de lo que hay sobre la mesa debe quedar, exceptuando lo que se llevará al cementerio.

Los sirvientes se encargan de pasar repartiendo jalea en grandes potes con una cuchara comunitaria. El sirviente sirve de izquierda a derecha, mete la cuchara en el pote y se la ofrece a alguien, éste la recibe, come y la devuelve. El sirviente repite el gesto con el vecino. Ocurre lo mismo con los duraznos en tarro, las frutillas en tarro, y el postre fermentado.

Además sirven vino, bebidas, chicha, alcoholes fuertes como menta y piña colada, leche, leche con chocolate, jugo. En las casas de las almas nuevas dan cazuela y luego pataska o arroz con carne de llamo o cordero y ensalada de tomate con cebolla. En las otras casas invitan a tomar té, pan con mantequilla, chocolate caliente.

En todas regalan para que la gente se lleve, en bolsas y ollas que traen para ello, pan y bizcochos, palomitas de maíz, fruta picada, caramelos, dulces, galletas, higos secos, queque, torta, maíz, maní, pasas, nísperos, manzana, naranja, asado, plátano.

Después de pasar toda la primera noche rezando sigue en la mañana, con la otra vuelta por las casas. Las personas invitan, a esa hora de las diez de la mañana ya está comiendo otra vez carne, hasta las once y media. A esa hora ya todos se van al cementerio, porque la costumbre es que a las doce tienen que estar en el cementerio todos, porque las almas llegan por 24 horas no más.

Entonces, a las doce del viernes ya tiene que estar todo preparado, todas las tumbas preparadas para que llegue el alma acá, a su casa, y encuentre que lo están esperando. Y el día sábado todos tenemos que estar en el cementerio a esa hora, para despedir a las almas que a esa hora se van, ésa es la creencia.

Después de eso pasaremos al otro cementerio. Después tenemos cuatro casas que visitar; la casa de la señora Dionisia Yufla, la casa don Victorio Saire, la casa de don Eustacio Yere, y la última alma bendita del finado Demetrio Ayavire Panire. Ahí se acaba.

Es una costumbre, tradición de mucho antes, dicen que llega el alma del que murió y esas comidas que colocan en la tumba, que ahí está comiendo el alma, una creencia. Unos dicen, "ah, el finaíto comía esto, le gustaba esta cosa", compran, le colocan ahí.

El plato, la ofrenda, lo coloca donde está la cruz en el cementerio, ahí está la tumba del muerto. Entonces el familiar, el hijo, el padre, en una mesita, un altar, ahí coloca el plato lleno de ofrendas, le coloca pan dulce, un pedazo de queque, pastillas, fruta, una

naranja o una manzana, un plátano, total, llenan un plato, lo colocan ahí, y van a buscar un rezador; "fulano de tal, usted es rezador, venga". Viene el rezador, reza delante de ellos, reza, usa mucho el agua bendita, donde está la cruz, ahí le echa agua bendita, y reza, reza. Termina de rezar, listo, con el plato de ofrendas que hay, que le colocan ahí al muerto, con ése se paga al rezador, él anda con su bolsita, entonces pesca el plato y lo echa a la bolsa.

Ya viene otra persona; "venga para acá, eche una rezadita acá a mi mamá" y los rezadores ya saben qué familiar tiene muerto, reza, termina de rezar; "ya gracias, aquí está," pesca el plato y a la bolsa, total, los rezadores del cementerio se llenan un saco; carne asada, pan, queque, panes con monitos.

Jamás había comido tanto en mi vida, hoy he comido diez platos de cazuela de cordero, pataska picante de conejo, llamo, arroz, papas etc., además de una cantidad impresionante de galletas, panes, panes dulces, bizcochos, caramelos, palomitas de maíz, chicha de maíz, vino, duraznos en tarro, huesillos y todo lo imaginable, un plato tras otro entre rezo y rezo. Ayer he comido doce platos.

Canto los rezos sin parar, absorbido por la situación, por el traspasaje, por el sonido ininterrumpido de las voces, me dejo llevar por esa dulce modorra, por ese dulce puente que hemos tendido hacia los muertos. Luego de la cuarta casa del día, la de don Lucho Saire, vamos al cementerio y ahí cada familia hace los quehaceres a sus muertos. Los rezadores hacen ronzos ante las tumbas llenas de flores, coronas y velas, se ponen platos llenos de bizcochos, panes, frutas, galletas, caramelos ante las tumbas. Es la ofrenda a la tumba.







Hay también jarros con agua bendita. Algunos rezadores cantan los mismos salves que se cantaban en las casas, otros sólo hacen responsos, según lo que quieran los deudos.

Primero todo el pueblo va al cementerio nuevo y ahí se está bastante rato, todas las tumbas son visitadas, el pueblo se reúne a orar por sus difuntos. Don Ventura y don Luis Saire hacen también de rezadores.

Los deudos se inclinan ante sus muertos, las coronas llenan de color el desierto, uno a otro los rezadores pasan por las tumbas. Un murmullo continuo cubre el cementerio.







Armando me pide la grabadora para contar lo que está ocurriendo y comienza a entrevistar a la gente, absolutamente metido en el papel de periodista haciendo un programa radial sobre el significado de la fiesta, relatando lo que ocurre en el cementerio y pidiendo la opinión de los pobladores, que responden de igual manera.

- En este momento nos encontramos en el campo santo del pueblo de Ayquina haciendo nuestras costumbres, donde se le hace un responso a cada familia, conjuntamente con todas sus almas benditas.

Esto es una reconciliación de nuestros antepasados. Nos encontramos con la señorita Candelaria Cruz y le pedimos una opinión respecto de lo que es esta costumbre.

- Para mí esto significa recordar a todos nuestros queridos difuntos, ellos nos han dejado y así nosotros iremos por el mismo camino, y las personas que quedan también nos recordarán igual.

Yo recuerdo con mucho cariño a mi familia que ya se ha ido, y espero que igual lo hagan cuando a mí me toque pasar por lo mismo.

- Nos encontramos con otro amigo, Ricardo Ayavire, y queremos preguntarle qué significa para él esta costumbre que se está realizando.

- Me gustaría decirle que es muy orgullosa, es muy agradecida la gente que está en el cementerio, me gustaría que la gente siempre siga así, nunca decida otras cosas, siempre sea el ejemplo que le han dado los abuelos, los tatarabuelos.

Por eso en este momento llego a visitar al cementerio, llego a visitar a todos los difuntos, no importa que sea familiar o no sea familiar, igual los llego a visitar, todos los años, nunca he dejado de visitarlos, hasta el día de mi muerte.

Después ojalá que la gente que aún esté viva, si Dios quiere, nos venga a dar un responso, a dar un consejo, a pedirnos perdón si algunos pecados han tenido cuando nosotros hemos estado vivos, que lo vengan a pedir aquí en el cementerio.

Armando continúa su labor periodística en medio de los responsos, del sol que cae implacable, de los colores que juegan en las cruces contra el cielo azul, contra el desierto café, rojo, inmenso. Grupos de personas se paran frente a las tumbas, ponen sus platos con comidas, echan agua sobre la tierra que cubre al difunto. Piden a un rezador que se acerque, que le de un responso a esa ánima bendita, que le diga que aquí están sus parientes, su familia, acordándose de ella. Sombreros en las cabezas de las mujeres vivas, coronas en las cruces de los muertos, platos cerámicos en las tumbas, el aire caliente, el sonido de los muertos. Varios rezadores pasan por una misma tumba, varios responsos para una misma alma, el cementerio lleno de gente, de gestos, de olores, de rostros, de tierra.

Armando frente a una tumba..

- En este momento nos encontramos en una tumba de alma bendita; mi abuelita Evarista Ansa, junto con su hijo y con el rezador que recita rápido “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, padre nuestro que estás en los cielos, Ave María, gloria al padre..” -la voz de Armando entra al primer plano de la grabadora, la voz del rezador queda atrás, haciendo de fondo a las palabras de Armando- en este momento están echando un responso a mi abuelita Evarista Ansa, el rezador y su yerno don Francisco Rodríguez. Ellos están muy emocionados y muy contentos por lo que tratan de hacer por esta almita, un

recordatorio que se hace todos los años en esta tumba.

- Aquí nos encontramos con don Francisco Rodríguez, él es una persona muy respetuosa. Queremos pedirle alguna información respecto de lo que significan estas costumbres que se realizan en este campo santo del pueblo de Ayquina.

- Yo creo que este momento en que estamos hoy día es de mucha creencia, muy bonito estar acá todos reunidos, veo mucha gente en el cementerio visitando a sus difuntos, y me gusta, así sea y que nunca se pierda esta tradición que siempre hemos tenido.

La tradición, yo de muy temprana hora la he visto y la sigo viendo, de a poquito creo que se está desvaneciendo, pero muy poco. Ojalá nunca se deje ir. Eso no más le puedo decir, muchas gracias.

Desde que Ricardo Ayavire vio que Armando estaba con la grabadora se ha acercado a él y juntos recorren el cementerio preguntando a las personas, ahora él toma la grabadora y comienza a hablar

" buenas tardes, quisiera hacerle una entrevista a la persona más indicada del pueblo, podrían ser don Lucho Saire y su hermana. Adelante don Lucho con sus palabras."

Armando toma la palabra antes que don Lucho y lo presenta, le pregunta; "nos encontramos con la presencia de don Luis Saire, queremos que usted nos dé una información respecto del significado de el día de hoy, lo que se está realizando aquí en el campo santo."

- Ah, ésta es una tradición muy antigua, éste tiene muchos años, una costumbre. Hoy día se cumple un verdadero cumpleaños de todos los seres queridos

que están muertos. Nosotros hacemos un cariño con una ofrenda en los cementerios, en cada sepultura y a cada familiar, esto es para que el ánima nos ayude en todo y ruegue a nuestro señor que sea milagroso.

- Algunas personas se han desocupado de echar sus responsos a sus almas benditas. Nos estamos acercando a la puerta del cementerio, donde nadie podrá salir todavía para afuera.

Doña Hilaria, queremos hacerle una pequeña entrevista, qué significa para usted lo que está rezando aquí en el campo santo de Ayquina, de cuándo nació esto, qué significa para usted, a su modo de pensar.

- Esto significa que tenemos tantos seres queridos que no están aquí ya junto con nosotros, están fuera, pero tenemos este campo santo que nosotros todos los años visitamos. Tenemos que agradecer a la vez, cuando venimos a poner unas coronas, unas flores, nosotros tenemos ese, cómo le diré, ese cumplimiento en el año, las ánimas nos vienen a visitar en el año y nosotros nos acordamos todos los días con ellas. Eso es todo.

La gente se ha reunido a la salida del cementerio, todos han terminado ya con sus seres queridos en este cementerio, el pueblo se prepara para ir al cementerio viejo pero antes don Ventura dirá algunas palabras y cantarán el Alabado, agradeciendo por el buen cumplimiento de la celebración. Aún esperan que lleguen los últimos, Armando y Ricardo aprovechan para seguir entrevistando.

- Caballero, buenas tardes, nosotros queremos que usted nos dé una opinión sobre lo que siente en este momento, y qué significa haber estado en este campo santo.





DEFINA P. RE SAIRE

- Bueno yo creo que éste es un día especial en que uno se recuerda de todos los seres queridos que tenemos, éste es el día que los recordamos y venimos al cementerio a dejarles flores, a dejarles coronas, a hacer que otras personas los recen para que ellos se sientan tranquilos, eso creo que es una forma de recordarlos.. Es una costumbre.

Don Ventura comienza a rezar el Padre Nuestro y el Ave María, Armando se aparta un poco y habla en susurros a la grabadora; "esto es como un agradecimiento que se hace en nues-



tro campo santo en el día de hoy. Aquí nos encontramos con don Ventura Saire, quien hace estas costumbres a toda fe junto con la comunidad del pueblo de Ayquina”.

Las palabras de don Ventura entran a la grabadora, no sólo se van yendo en el viento y en el tiempo, también quedan guardadas en esta cinta, y en este libro; hablando sobre la importancia de esta tradición, “ dando las gracias vamos a cantar el alabado aquí en nuestro cementerio”.

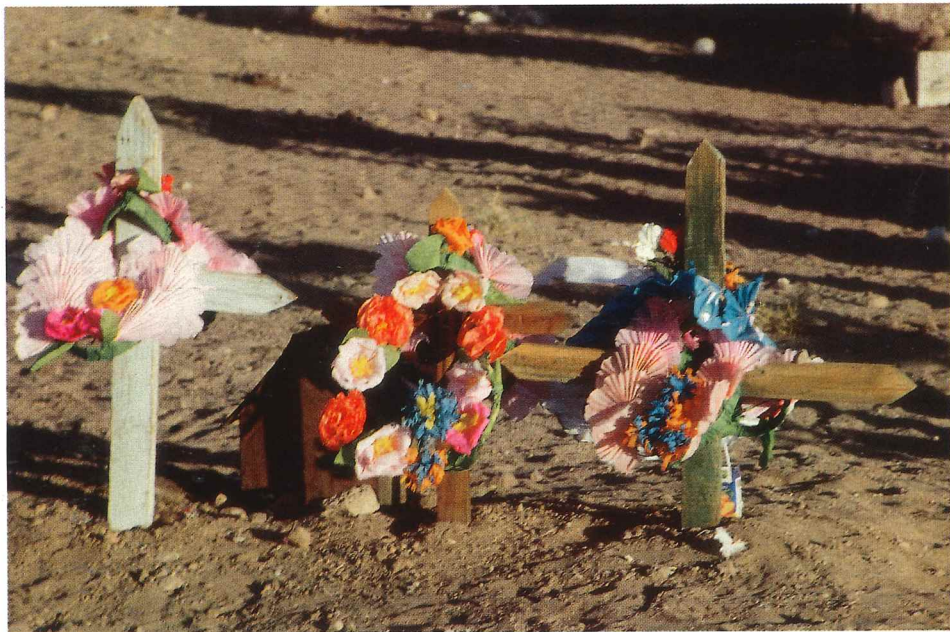
Comienza el Alabado. El Armando habla sobre el coro que se expande suave por el desierto. La melodía, lenta, arrastrada, acompañada del sonido de las coronas de papel al viento, se ha quedado en mi sangre, se ha pegado en mi mente años atrás, en otras fiestas, en este mismo pueblo..

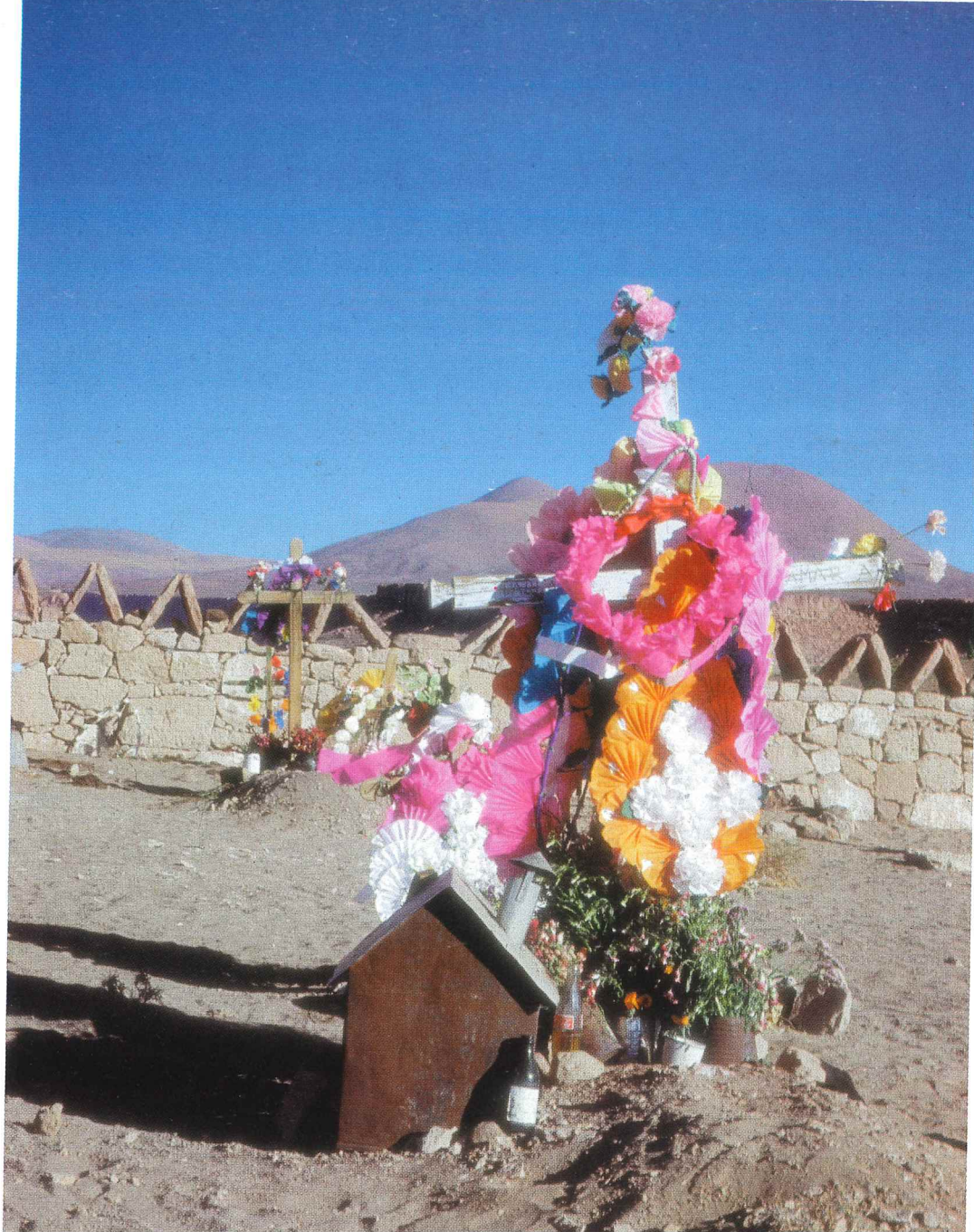
El Alabado termina, se abren las puertas del cementerio, las almas que descansan en él ya pueden volver a su tierra, a su mundo de muertos.

Desde dentro del cementerio veo la fila de gente que camina hacia el pueblo, el polvo los va cubriendo, se va levantando en cada paso. Lento como los mismo pasos, los difuntos de este cementerio van quedando atrás, las espaldas de los vivos se alejan, se van cargadas de alimentos y líquidos hacia el otro cementerio. Algunos suben a camionetas o camiones y se pierden pasando por el calvario.

El cementerio ha quedado solo, la tarde sube a las cruces, a las tumbas aún húmedas, dentro de poco se pondrá el sol.



















Llamada telefónica y el mundo se cubre de muertos, de ataúdes que cuelgan desde el cielo hacia mis brazos. Camino por el parque mirando los árboles que ya jamás mirarás, pisando esta tierra que ya nunca más, recorriendo este inmenso mundo del que te marchas ineludiblemente. Los árboles se curvan, se deforman detrás de mis lágrimas; imágenes, gestos, palabras, el pasado desfila en mi mente y se incrusta en mis ojos, la muerte atravesando tus ojos mientras yo aquí, atravesando Santiago para llegar a tu lado y saber que es verdad, que es totalmente cierto, que estás muerto y que ya nunca más, nunca más.

Escribo como si nada hubiera pasado, como si aún estuvieras aquí, como si fuera cosa de tomar una micro y bajarme en tu casa y estar contigo y escuchar tanta cosa que tenías siempre para contar. Llegar a tu casa y verte ahí tendido y pálido, inmóvil, muerto, sólo eso; mi viejo muerto ante mí, frío, tan frío.

La necesidad de tocarte, de darte el último beso y sentir ese abismo frío en tu piel, la inexplicable muerte frente a mí, en ti, la inexplicable e inevitable muerte mirándome mientras te miro y el mundo se desarma y se va rasgando poco a poco en mis pupilas, en mis labios que se mueven solos, en mis manos que sudan y se retuercen en una danza frenética.

La tierra se quiebra y voy cayendo en esta noche que cuelga de mis párpados a tus labios blancos, a tus labios ya inútiles, vestigios de vida, pasado, absoluto pasado porque el presente es esta muerte, es estar a tu lado sintiendo un dolor inmenso que recorre el espacio, que se sienta en mi garganta y cava un hoyo feroz en mi sangre; mi padre muerto.

La sábana que te cubre se mueve tan sutilmente, tu pecho respira, te mueves, salgo de la pieza, entro nuevamente, camino por el barrio, 2 de septiembre, 57 años; te juiste mojón por l' agua, frase que te escuché tantas veces, incluso refiriéndote a tu próxima muerte, y ahora sí, ahora es así aunque yo intente negarlo y vea que respiras, es así y es hoy y es mirar tu rostro que duerme ya para siempre y es tocar los árboles, seguir los dibujos de las cortezas, de los acantilados que se abren y lloran en mis manos, es sentir que faltó tiempo, sólo un poco más de tiempo, sentir ese agujero inmenso clavado en la sangre, esa náusea que corre en las veredas. Quedarse a tu lado cuando ya todo es inútil, cuando ese color verdoso va cubriendo tu rostro, caminar, respirar hondo, nada que pensar, nada que explicar, ese es el cadáver de mi padre, sólo eso.

Estoy parado frente a la muerte, frente a la única certeza que tenemos en esta vida, frente a este dolor que va quebrando mi piel y repta por las murallas, por el patio, por el techo de esta casa en que está mi viejo muerto. Carroza negra ataúd gris, te miro por última vez antes que los tipos del Hogar de Cristo sellen el cajón.

Ya no hay vuelta viejo, es definitivo, ya nunca más.

No tengo la más mínima sospecha de qué estarás sintiendo tú, si estarás, si serás, ahora todo es seguir a la carroza por las calles, ir con los ojos fijos sobre ella, siguiéndola como en esos juegos de niño sólo que esta vez es en serio, sólo que esta vez la carroza lleva un ataúd y dentro de él estás tú y yo voy atrás con un dolor que grita y araña y sube por los labios y me tira

de los pies y me hundo, me hundo en mis lágrimas mientras las esquinas pasan, mientras afuera de este puente que hemos construido entre los autos del cortejo todo sigue igual que siempre; los universitarios conversan y se ríen en los paraderos, las señoras compran en los supermercados, las micros atraviesan la ciudad mientras mi padre atraviesa el espacio, mientras mi padre viaja hacia nunca jamás y la tarde avanza entre sueños caídos.

Llegar a la iglesia y dejarte en esa capilla que se va llenando de flores y de gente. Oscurece, la noche aplasta mi rostro, mi viejo ha muerto, ha muerto y está ahí, adentro de ese ataúd. Quedamos nosotros, quedamos y las palmeras nos miran con los labios abiertos, la luna creciente, algunas estrellas.

Miro la vía lactea porque puede ser verdad que los muertos se van allá pero el smog de Santiago es más denso que mis horribles ganas de creer que estás en algún lugar. Camino a tomar un café en el bar de la esquina, los ojos cuelgan, pesan, caen, tropiezan rojos, dentro de ese ataúd está mi padre.

Es tarde, el dolor viene desde todas partes, mejor irse a tocar piano, hacer mi canto de despedida, ayudarte a llegar a nunca jamás, pero primero ir a tu casa, Cacho, y emborracharnos juntos mientras hablamos del viejo y lloramos y recordamos y tanta cosa que se dicen los hermanos cuando el viejo muere.

Llegar finalmente a mi piano y cantarte interminablemente mi despedida, ese canto repetido hasta el amanecer, la misma figura sobre el piano y ese canto desgarrado, para ti, viejo querido.

Una luz azul comienza a rozar mis labios, el alba con todos sus pájaros se sienta sobre mí, el frío ríe en mis pies, yo canto, canto por ti y formo un puente al infinito para estar contigo, para intentar acompañarte en este instante, en este momento crucial de tu existencia. Yo canto y lloro y me acerco sin saber si me escuchas, si esta luz que ya da en mi rostro es el sol o son tus ojos. Caigo, me acuesto y duermo un par de horas y ya todo es ir a la misa y caminar por Larraín con los labios ciegos y acercarse a la iglesia de Santa Gemita y cargar ese ataúd, ese ataúd en que tú estás, en que has pasado tu última noche sobre esta tierra. Dejarlo allí frente al altar mientras miles de agujas se clavan en mi piel, en mis brazos

, en mis piernas.
El cura comienza el rito de despedida, me duele la sangre, las letanías se suceden, se suman, se suben a los santos y entran por mis labios húmedos. Cargar nuevamente el ataúd y recorrer ese inmenso pasillo de la iglesia con mi padre a cuestas, llegar a la carroza mientras el cura esparce agua sobre ti y dice "Sergio Mercado, descansa en paz". Meterte a la carroza y largarse al patio a morder mi dolor, porque ya nunca más, ya nunca más, viejo, nunca más.







EN TIERRA DE TODOS

Cuando uno va a los terrenos de los antiguos, llevamos las guaguas allá y a veces lloran y se dice que no hay que hacerlas llorar porque las almas se enojan. Tienen lástima de la criatura que llora y no es bueno. Y la criatura que lloró en ese lugar se enferma y ahí se conoce que de veras estaba el espíritu ahí. (Julián Colamar. Caspana)

Hace meses que trabajo en este libro, hace meses que escribo sobre la muerte, que leo sobre la muerte, en las últimas semanas todo se vuelve una vorágine, el día y la noche repasando los textos, leyendo lo que los ayquineños y caspaneños piensan sobre la muerte.

La vida se convierte en un continuo perseguir la muerte, en un continuo pensar la muerte. Mi viejo se me aparece en sueños, lo veo junto a mi madre, entrando a la casa de Tiziano. Mi bisabuela Anita, que murió ciega, me mira fijamente desde una cama.

Abro la puerta y entra mi padre, con dos ceniceros en las manos. ¿qué es la muerte? ¿por qué mi padre muerto vuelve en sueños?

Puede ser que cuando muamos nos encontremos con los parientes, el espíritu. Se calcula porque en el sueño es así, lo presiente en el sueño. A la persona, con-

versa, habla, lo va sintiendo otra vez, yo creo, espíritu con espíritu. Porque yo siempre he soñado, cuando me quedo dormido y está un tío, mi abuelita.

Ellos conversan con uno. Después me olvido de lo que me han dicho.

Pero en el sueño llega patente, como era antes. El que murió uno lo sueña así como que estuviera. El espíritu no muere, es el cuerpo de uno no más, pero el espíritu queda ahí, y ése es el que viene con el sueño.

Uno lo ve, no conversa pero lo ve, lo ve, igual como lo veía antes. Hay algunos que le tienen miedo. ¿No has soñado con muertos ?

- Sí, veo a mi bisabuela Anita subir por el patio de la casa de Maitencillo, está tan vieja y arrugada como siempre, tiene los mismos noventa años. Estoy con mi hermana Uge, la vemos, nos sobresaltamos, ¡ la abuela Anita ! pero si está muerta, ¿ cómo va a estar aquí ? La abuela se acerca sonriendo, diciéndonos sin hablar que no nos preocupemos, que todo está bien, que ella está muy bien.

Me despierto con la imagen del rostro de la abuela tan nítido, no ha pasado el tiempo, está igual que hace ya quince años, cuando murió. ¿viniste tú o yo fuj a ti ? ¿ necesitas algo ?

¿ qué son los sueños ?

Caspana, dentro del almacén Juan me cuenta que cuando uno sueña con muertos es porque el finado necesita algo, necesita que le recen, que se acuerden de él, que le hagan un cariño. A su madre le ocurrió. Se le apareció el finado clarito en sueños. Entonces ella hizo hacer una misa en su nombre. Le rezaron, luego fueron a la casa, invitó a la gente del pueblo y le hicieron una

comida, le hicieron un huaqui, le rezaron, le coplaron. Ahí ya quedó tranquilo el finado, no volvió más. Si no se le hace ese recuerdo sigue viniendo en sueños.

Es el espíritu del finado quien viene, él se asoma a este mundo cuando él quiere. No es que uno lo sueña, él hace que lo soñemos, él se acerca.

Los mundos paralelos en que vivimos vivos y muertos se juntan en la inconsciencia del sueño, se tocan mientras dormimos.

Los condenados se quedan en la Tierra hasta conseguir lo que ellos necesitan. Se comunican con uno a base de sueños. Por ser yo sueño esta noche con que alguien necesita algo de mí, ahí yo tengo que hacer oraciones, pedirle a Dios que lo perdone por sus pecados, o algún error, para que pueda descansar.

Sentado en el frente de la casa, mirando el pueblo, tomando notas, sintiendo cómo el desierto se mueve y forma el mundo, allá se ve a don Alberto Panire bajando desde su casa al lado del calvario, con su cordel en la mano, yendo a la quebrada a buscar alfalfa para los animales. ¿ cómo está ? bien pue y usté, bien, voy a buscar un poco de pasto para los animales, después hablamos.

Pasa el tiempo y nuevamente aparece don Alberto, esta vez subiendo con el fardo a cuestras, la tarde avanza, quiubo, vaya para la casa más rato a tomar oncecita.

Subo la vieja calle empedrada, en la punta el calvario con su cruz, atrás los cerros, el cementerio viejo, el cerro Toconce, don Alberto afuera de la casa. Ayer ha sido ayer.

-Oiga don Alberto, y eso que me contaba ayer del maligno, del espíritu que se mete en la gua-

gua, de los muertos que no mueren realmente, todo me quedó dando vueltas, ¿ cómo será ?

Volvemos a mi casa, ha oscurecido y hace frío, entramos a la pieza, enciendo una vela.

- ah, ahí está su cama, pucha que es chica, mire que encachado, y ahí duerme.

- sí, ése es mi saco.

- Alberto se ríe con los inventos urbanos, lo toca, le toma el peso.

- siéntese y lo prueba.

La luz de la vela se mueve con nuestros movimientos, ondula haciendo grandes sombras en la pared. Don Alberto se sienta en la cabecera del saco, yo en las patas, ¿ quiere un trago de fuerte ? le digo sacando mi petaca del bolsillo. La sombra lo dibuja de nuevo en la pared; a un metro y medio don Alberto bebe de la petaca, a dos metros la sombra de don Alberto hace lo mismo.

Penumbra.

Dicen que cuando la persona muere queda penando el espíritu, dicen que el espíritu anda para todas partes. Cuando nace una guagua ya nace con espíritu, y va creciendo, crece con ese espíritu, el espíritu le entra antes de nacer, nace con espíritu. Uno se muere y el espíritu sale del cuerpo. Se va pasando, nace al tiro, creo que tiene que traspasarle de uno a otro, hay gen-

te que muriendo entra en otro al tiro, en otro que nace entra.

No lo sé, pero cuentan que el espíritu se mete en otros nuevos que nacen.

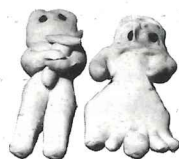
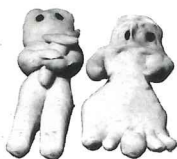
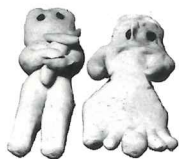
A otros, a los que botan, a los que abortan, porque hay mujeres que las botan a las guaguas que están a punto de nacer, éstos ya entran con espíritu, cuando está a punto de nacer la guagua ya está con espíritu. Y ése va creciendo, va creciendo pero es moro, no es bautizado, y donde va creciendo moro es como un maligno, un maligno, la criatura que está es como un maligno, no un cristiano bautizado.

Y ése anda haciendo maldad.

La guagua que nace no, ése es bautizado siempre con agua bendita.

Dicen que el cuerpo se muere pero el espíritu sale afuera, el espíritu anda donde ha andado el finado, de repente choca con otra persona y la desarma. El cuerpo está muerto, el espíritu sale al tiro de uno, el espíritu anda vagando por ahí, de repente choca con otro, choca a un vivo y ahí creen que el alma le enferma, el espíritu.

Una vez una mujer botó su guagua, todavía no nacía, la botó en el corral de los corderos pero ése no estaba completo todavía, y lo enterró. Dicen que después ése se cría, ya estaba con espíritu y se va criando, igual que un cordero chico se va criando, el espíritu del niño sigue creciendo, pero dicen que uno no lo



ve. Después choca con la mamá y le enferma, le vuelve loca.

Esa niña cuando botó su aborto, de repente se le iba la onda, como que andaba curada, y decían que eso la tenía así, hasta que murió. Fue el espíritu de la guagua, convertido en maligno, quien la volvió loca.

La finada de mi mamá chocó con un aborto, con un espíritu, y se volvió loca, se volvió loca y se sacó todo el pelo de la cabeza, la ropa, la cara. Claro que yo estaba niño, tenía como 12 años. Después la encerraron en una pieza, se rompió la cara. Dicen que chocó con un aire malo de éstos, un espíritu.

Había un caballero que vivía en Turi, se llamaba Velásquez el apellido, él le conoció que chocó con un aire y ese aire le volvió loca. Entonces se mejoró con los remedios que hizo él; buscó dos personas, vino a curarla y se consiguieron un cacho de toro, cuando le sacó el aire lo hizo entrar ahí. No sé cómo le sacaría pero dicen que ahí lo metió y tapó bien la punta del cacho. Se llevó dos personas y lo fue a botar donde termina la vega, y dicen que el cacho tenía fuerza y lo botaba para un lado. Y el viejo se fue a un peñasco y ahí salió el aire como un tiro, era un aire que tenía, y ése era un espíritu.

Cuando lo soltó dicen que explotó, y de ahí se empezó a mejorar la finada. Pero costó para recuperar.

El caballero curaba esas cosas, una culebra tenía, yo no lo vi bien, y de ahí se mejoró.

Y de ahí creí yo que es cierto esa cuestión. Ella le pescó, traía una guaguita y se sentó en la quebrada a darle leche porque lloraba mucho y ahí la pescó el aire, y se volvió loca, hacía tira todo. El aire tenía adentro.

- ¿y todos los que pescan el aire se vuelven locos?
- no, los otros se hacen curar antes, ese caballero cu-

raba eso, no sé cómo pescaba el aire pero lo pescaba y lo sacaba, sabía él. Pero ya se murió también, era de Lasana, vivía en Turi, él curó a la finada de mi mamá cuando se volvió loca..

Ése entra al que pilla no más, el remolino ese que anda por ahí, ése dicen que también entra al cuerpo. Espíritu dicen que es, a la persona débil dicen que pesca.

- ¿o sea que el remolino es el espíritu de los muertos?
- tiene que ser, porque como a veces a algunas personas lo ha pescado y se vuelven locas, a veces se enferman. Muchos le ponen la mano, le hacen cruz, y pasa por el lado. A doña Hilaria le ha pescado, la otra vez se enfermó, le costó para recuperar.

Ahora aquí no hay quién cure. Yo busqué en Calama una señora, ella le curó un poco, una señora que es espiritista, ella le hizo unos remedios. Antes habían más, antes creían.

Dicen que el espíritu está adentro, el espíritu, el espíritu anda chocando con el cuerpo, uno no se da cuenta.

- o sea que los muertos no están muertos.

- quedan vivos, el espíritu. Por eso los antiguos creían, por eso al año le esperan con su comida en su casa, vienen, dicen que vienen a comer ahí, el espíritu de ellos, y ahí le ponen todo al finado; comida, panes, asado, frutas, de todo. Y después lo van a quemar.

Llega doña Hilaria, las frases se superponen, su voz y la de don Alberto se escuchan simultáneamente;

- doña Petronia dice que ha visto duendes, se ven igual que niñitos chicos.

- cabros chicos, pero usted lo ve ahí, y después pega el pestaño y desaparece.

- ése anda molestando no más, porque no es bautizado, ése es moro, no está bautizado, ya el maligno se adueña de ese espíritu.

- y va chocando con uno. La guagua que no es bautizada, que la mamá lo ha botado, ése es moro, y comienza a perseguir a su madre, no al tiro, como a los dos, tres años empieza. Primero a la mamá, después al papá, a los hermanos, termina la familia, y cuando ya la terminó entonces choca a cualquier persona. Esa ánima ya no está con el Señor, está con el maligno, ése se adueña el diablo.

También los que mueren despeñados son almas que se lleva el diablo, y se quedan por ahí llamando a otros, para que también se despeñen.

Salto de un lado a otro, recién en la penumbra de la pieza, ahora al lado del río. El sonido suave del río Salado acompaña a la voz de don Pancho;

Hace como tres años atrás, lo vi yo, había un contratista que estaba revistiendo con cemento la cañería de Toconce. Empezó en Toconce, y después se instaló en el alto de Ayquina con el campamento. Ahí entré a trabajar yo como sereno, trabajaba en la noche para cuidar las cosas. Ocho meses estuve de sereno. Y la gente del campamento se venía a tomar al pueblo, don Lucho hacía manifestaciones, plato único.

Eran calameños, otros venían de Santiago, los operadores de máquina, el contratista. Se venían en la noche, cuando había pago, suple, se venían a tomarse al pueblo en la tarde, saliendo de la pega. Y se volvían de madrugada, yo los veía a todos cuando llegaban.

Y una vez había un practicante en el campamento, y justamente se viene a tomar también al pueblo. Y

este practicante se cañoneó, se anduvo curando, y quería irse al tiro al campamento, “¿quién se va conmigo?” ninguno de los otros, si estaban encantados. “Ya, me voy solo”, partió.

Salió de la casa de don Lucho, por el lado de la iglesia pescó, en la escuela, por ahí subió, y justo donde está la clínica, la posta, se le acercó un amigo, bien encachado, de terno, bien vestido; “¿para dónde va amigo? voy para allá, ¿vamos los dos juntos, yo también voy para allá!” y partieron.

Y que lo haya trasladado por ahí por abajo así, “vamos, vamos derecho no más”, ¡y lo trasladó ¡ fue casi del sifón cien metros para arriba, allá amaneció, ahí lo dejó esa persona. Así dice, que con el frío se tiró y ahí amaneció, claro, cuando se despertó, él vio, estaba allá, solo.

Después a otras dos personas les pasó lo mismo, también se les acercó esa persona. Esos llegaron al sifón. También se les acercó una persona y se los llevó, ésos amanecieron allá en el sifón, en el alto, hay una cruz grande ahí.

- ¿y cómo se los llevaba?

- ¡ eso ¡ ¿ esa persona qué es lo que era, qué es lo que era ?!

Ellos no se daban cuenta, y copeteados que estaban, no se daban cuenta, pero no les hacía mal, los llevaba, los conversaba, les indicaba vámonos por acá, y les llevaba, les llevaba. Ahí amanecían. Entonces se creía que en el sifón podría haber alguna cosa, algún... no sé qué decir, y al final cayó un vehículo ahí, venían de Calama unas personas, cayó un vehículo ahí, murió una persona.

Eso lo vi yo.

También mi mamá dice que vio una persona en el campamento, oscuro ya, ella dice que ahí estaba una persona sentada, y una persona de Caspana dice que

también se le apareció una persona ahí, en esa parte, arriba, y a mí nunca se me apareció nada, he estado noches enteras ahí y nunca se me apareció nada.

Entonces los finados siguen dando vueltas, siguen viviendo.

Don Alberto y doña Hilaria responden al mismo tiempo, en sincronía;

- siguen dando vueltas.

Una vez más el tiempo se anula, el espacio se invierte. Saltamos quinientos años atrás y leemos al Padre Bernabé Cobo, describiendo las creencias de los pueblos andinos;

"Acerca de las ánimas y de otra vida después de ésta tuvieron muchas opiniones diferentes unas y otras.

Unos tenían que las ánimas que salían de los cuerpos de unas partes, venían a nacer en otras, y que cuando del todo saliesen de esta vida (que fin afirmaban que ha de tener el mundo) recibirían gloria o pena, según sus méritos. Otras naciones pensaban que las ánimas de los difuntos se quedaban en este mundo, y que unas veces tenían gozo, y otras eran afligidas, y andaban vagas y solitarias, padeciendo hambre, sed, frío, calor y cansancio; y que ellas o sus fantasmas solían visitar a sus parientes y a otras personas, en señal que habían de morir o les había de venir algún mal; y por esta razón de creer que las ánimas tenían hambre, sed y otros trabajos, ofrecían en las sepulturas comidas, bebidas, ropa y otras cosas, para que aprovecharan a los difuntos: y por esto tenían tan especial cuidado de hacer sus aniversarios.

Los incas afirmaban que las ánimas de los que

han sido buenos van al cielo y tienen perpetua gloria, y ésta dicen que es estar con el sol en parte de gran deleite que tiene aparejadas el Viracocha para este fin. Unos creían que en la gloria no comen, ni beben, ni duermen, ni tienen mujeres ni necesidad de lo uno ni de lo otro; pero los más tenían lo contrario, creyendo que los que iban al cielo comen y beben espléndidamente muy buenas y regaladas comidas que el Creador les tiene aparejadas y las que acá les ofrecen y queman en sus honras sus deudos y amigos: y así tenían tanto cuidado de ofrecer de comer y beber a sus muertos, mayormente a los cuerpos embalsamados de los señores, hablando con ellos como si estuvieran vivos y diciéndoles: "cuando eras vivo solías comer y beber destos manjares y bebidas; recíbalo ahora tu ánima y cómalo doquiera que estuviere". Y tenían por cierto que así pasaba, que dondequiera que las ánimas estaban recibían y comían los manjares que les ofrecían, como hacían antes que muriesen."

Las historias se entrelazan, las distancias se funden. Desde atrás de la mesa de la pieza de Caspana dos ojos me miran, sobre la llama de la vela se ve la voz;

Las almas malas son de aquellos que botan antes de su tiempo, antes de nacer. No se acuerdan de bautizarlos, nada de eso, y ellos van después haciendo daño.

Se presentan en figuras de animales o en personas. Y te invitan a veces a una fiesta o a un lugar extraño y si uno acepta ellos pueden hasta quitarte la vida.

La protección para eso son joyas, anillos de plata, o un Santo Cristo.

También aparecen si uno está curado, porque ahí nuestra alma va débil.

Hay además malos espíritus que forman las personas. Hay personas que piensan mal de uno, entonces eso, al hablar, forma un espíritu. Por ser dicen: que te vaya mal, que te pase algo en el camino. Entonces éso ya va con uno. También uno se protege con joyas de plata, y si se le coloca bien negro el anillo o un Santo Cristo, entonces en esa parte chocó el mal espíritu y ya no lo chocó al espíritu de uno.

Se dice que un alma se condena cuando es muy querendera. El cuerpo se muere pero el espíritu está.

Se le aparece de improviso a una persona. Ellos saben a quienes presentarse, a gente de coraje. Y si uno fuera a tocarlo o a pegarle, nunca lo podría tocar.

Dicen que a las personas que no tienen miedo, a las que tienen coraje se les aparecen los finados. A las personas que tienen miedo no les va a aparecer nunca nada, pero a los que no tienen miedo, a éstos se les aparece. Mi mamá dice que estaba saliendo del alto de Ayquina y vio un burro que estaba ahí un poco más allá, y después al rato miró de nuevo y era una persona, y después miró más y era un hombre gigante, así como una sombra negra, y mientras ella más lo miraba más se agrandaba, y después dijo que tuvo que entrar y le avisó a mi papi, entonces salieron a ver, no había nada, era una penadura no más.

Antes de morir también viene, como que anda la persona, ahí le dicen que está penando esa persona, va a morirse ya.

El finado mi tío Demetrio, que murió ahora hace poco, tenía un amigo, muy amigo. Y ese amigo, el día antes de que mi tío muriera, llegó a la casa, estuvo con su señora un rato, se acostaron, se pusieron a dormir. Y en eso como a las dos de la mañana, estaba soñando, no dijo qué, se da vuelta creyendo que estaba dando vuelta para el lado de la señora, se da vuelta y cae del catre para abajo, con las tapas, todo, con todas las tapas, quedó la señora sin tapas ahí. Cayó y ahí se dio cuenta, dice que la señora se reía.

Al otro día se levantó y se preguntaba por qué le había pasado eso, por qué se había caído del catre.

Y al día siguiente mi tío Demetrio murió.

Después me dijo que el finado le hizo una burla, lo botó del catre para abajo. Le hizo la burla antes de morir.

Los muertos vuelven, los muertos están muertos antes de morir, hacen bromas a sus amigos, se despiden jugando con ellos, atraviesan el espacio, se convierten en almas cuando ya la muerte los ha señalado, cuando los ha escogido.

Si uno le hace sus pagos, sus costumbres al alma, ella le hace bien, y yo me imagino que queda con confianza y tranquila. Con los rezos se le pide salud, se le pide que pasemos bien, que no nos pase nada.

Todo depende de las relaciones que ha tenido con el difunto, yo así estoy viendo de comprender, si el espíritu está molestandolo es porque uno ha tenido alguna falta, alguna cosa. Tiene que rezarle, ahí cumple con el



muerto si ha tenido alguna falta. Pero después que se arreglan las cosas ya no pasa nada.

También depende de cómo murió el difunto, a lo mejor alguno cometió una falta, algo con él, y después se desquita con el espíritu. Entonces hay que ir a hacerle oraciones, una misa, algo así, el padre encomienda a ese espíritu.

Puede ser que esté vivo un espíritu muy fuerte, que a algunos los revela, los vuelve a ver, pero yo no he visto nunca, claro que he sentido ruido, como unas pisadas, como que estuvieran rondando así, pero ver, como dicen que otros han visto el bulto, yo no, y he andado tarde en la noche, de amanecida.

Debe ser una persona de más capacidad que uno, que puede ver el espíritu.

Miro hacia el sur, busco alguna señal que me lleve a tus ojos, atardece. Sentado en la inmensidad del desierto miro hacia el sur, la cordillera de Ayquina me hace gestos, pequeñas señales que se hunden en las nubes, en este viento frío en las manos. La nostalgia de estos parajes inmensos, inacabables.

Hoy el desierto me oprime, estoy solo en el mundo y miro hacia el sur, ha pasado Todos Santos,

estoy solo en Ayquina y miro hacia el sur.
Dos coronas viejas danzan ante mí.

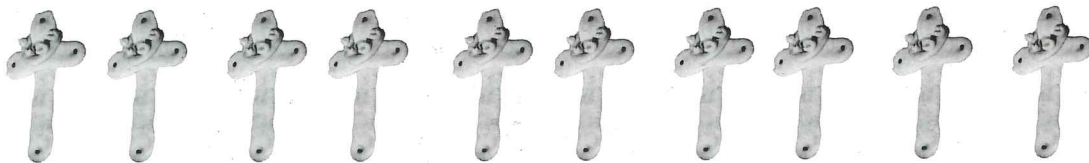
Cuando muere alguien y se hace la quema, hay que alejarse y ahí llega el que va a morir, ahí llega el finado. Yo una vez traté de ver pero no vi a nadie. Dicen que ahí llega la persona que va a morir, y usted la reconoce, ahí llega, en el fuego. En la noche, oscuro tiene que ser, oscuro. Tiene que alejarse y mirar y ahí tiene que ubicar a la persona, puede ser que yo estoy mirando y puede llegar usted, ¡puta, el Claudio está llegando ahí, a lo mejor va a morir ¡ El que va a morir llega ahí, en el fuego.

Con la voz lenta y en susurros Juan habla de su experiencia, con respeto, con asombro.

Cuando estamos quemando las cosas del difunto a veces nos retiramos y miramos, y en el fuego vemos a la persona que va a morir después. Dicen que el finado llega con amigos y familiares a llevarse sus cosas.

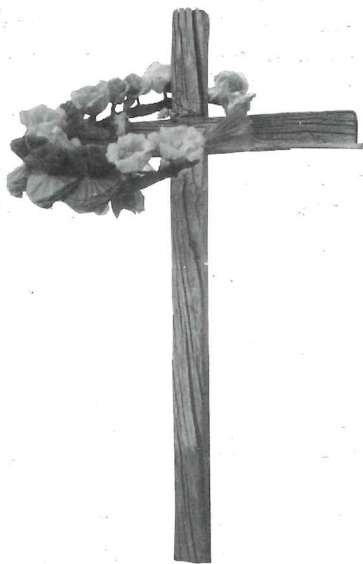
Me pasó, miré para atrás y vi varias personas, y allí vi a la persona que iba a morir. Fue la única que reconocí, las demás eran como sombras.

Como a los dos meses, murió.



¿ quién será el siguiente ?
¿ enterraré yo a mi madre o ella me en-
terrará a mí ?
¿ por qué siento este nudo en la gar-
ganta mientras lo escribo ?
¿ nos encontraremos todos en el más
allá ?

¿ qué sentiremos nosotros, hombres ur-
banos, al momento de morir ?
¿ y ustedes, ayquineños, caspaneños ?
¿ nos encontraremos allá nuevamente ?
¿ haremos nuevos ritos, verteremos vino
sobre la tierra ?
¿ habrá tierra ?





Dios sabe no más cómo ha sido, qué es lo que tiene que hacer después.

Ya todo acaba, estoy sentado en el 18a del avión que me sacará del desierto y me dejará en Santiago en dos horas más. Ha acabado Todos Santos, los muertos han vuelto a su mundo. La cara quemada y caliente, las manos quemadas y llenas de tierra. Toda la mañana trabajando de palir en la limpia canales de Turi, escenario hermoso para un trabajo hermoso. Nuestro jeep atraviesa la pampa de Turi desde Caspana y el sol está recién arriba de los cerros, Pablo maneja feliz dejando una estela de arena. Tres coronas de flores abandonadas tras la muralla del cementerio viajan en la parte trasera del jeep, la mañana avanza y nosotros con ella. A las ocho comienza la limpia canal desde cerca de la casa de la señora Francisca, esposa de Abdón, hasta el ojo de Turi.

Ahí se ve la camioneta verde de don Félix y una estela de arena atrás, el avión comienza a moverse, las consabidas indicaciones para las emergencias y el pájaro se desliza por la pista. A la izquierda el desierto, el ala, la pista de asfalto con su línea blanca, allá atrás se ve el Panire, el Toconce, el León, allá estarán los viejos viviendo en el desierto mientras el avión da vuelta hacia el mar y comienza a acelerar.

Nos fuimos, una vez más nos fuimos. Abajo queda el desierto y todas sus huellas, sus cordilleras, sus relieves de animal prehistórico. Volamos bajo y la tierra se expande, el valle de la luna y el gran salar hacia la izquierda, abajo la carretera y sus camiones, el avión se zarandea, corcovea y grita. Los cerros desde arriba, los río secos, las quebradas. La camioneta de don Félix

se ha estacionado al final de un camino hacia la derecha, la gente comienza a bajar de ella, nos acercamos y nos paramos al lado, ahí está don Félix sonriéndome, a su lado la Virginia y otra mujer, atrás varias mujeres, más don Félix Berna, el José, todos con su pala en la mano ¿ qué quieren tomar ? wiski, no , sólo jugos, entonces agua sin gas, la chica se da vuelta y me pasa un vaso de agua con gas, en fin, su atención por favor, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto Cerro Moreno de Antofagasta, por favor enderecen sus asientos y abrochen sus cinturones. Hay una bruma densa que esconde la tierra, el avión baja, las horas son un invento absurdo, la tierra se nos acerca, la sombra del avión allá en las grietas, el cerro Panire atrás de los palires, hola, ¿ cómo está ?, bien y usted, bien, gracias, qué bueno ¿ viene de Caspana ? sí, allá andaba. Cinco mujeres, una al lado de la otra, con sus sombreros, sus caras hermosas, sus manos curtidas apoyadas en la pala apoyada en la tierra, el sol atrás, las sonrisas delante. Buenas tardes ¿ qué asiento tiene ? la gente entra llenando el avión, Antofagasta detrás de las ventanillas, del olor dulzón y químico, del sonido de tantos motores que suenan simultáneamente como suenan las palas limpiando el canal.

Van llegando camiones cargados de gente, camionetas que atraviesan la pampa acercándose a nosotros, arrastrando esa cola de polvo y tierra tras ellos, punto rojo cruzando la inmensidad con don Alberto adentro, acercándose en su nube de polvo con varias personas más, el auto del Polo, el camión V. Guadalupe. De las casas cercanas comienzan a salir hombres y mujeres, ahí aparece el Abdón, don Eustacio Yere, el Buitre, el Ricardo, todos van llegando con sus palas al

hombro. De pronto ya habemos unos cincuenta alrededor del canal, el Abdón ha traído unas botellas de vino y una bolsita con hojas de coca, se las ofrece a don Félix Panire para que las ofrende al agua. Las hojas de coca caen al canal y flotan en el poco de agua, yéndose. Luego el vino.

Don Félix da un poco de hojas de coca a cada uno, todos le damos al canal y ya nos largamos a palear, atravesamos la pampa de Turi limpiando el canal.

La pega es fácil, el canal está recubierto de lajas y cemento y no hay mucho que sacar, de a ratos sí, de a ratos no. La pampa inmensa y nosotros en fila avanzando a ambos lados del canal. Tomas tu puesto y paleas, cincuenta palas suenan en medio del canal, rebotando en las lajas, mezclándose al sonido del agua y formando un sonido lleno de armónicos. Las palas golpean en las lajas y los armónicos se suman formando una melodía preciosa, como una voz de mujer que cantara a lo lejos, una melodía de metasonido, de armónicos, el sereno una vez más en mis orejas.

Todo es magnífico, la inmensa pampa y los cerros rodeándonos, las bromas de la gente, las risas, el color de la fila de hombres y mujeres sobre el desierto, la alternancia entre la actividad rápida y llena de sonido mientras paleas y luego ese quedarse quieto con la pala en el canal, todos los que me rodean igual, listos para salir caminando hacia adelante e ir atravesando la fila de palires que aún limpia y suena a medida que la recorres, llegas a la punta y nuevamente comienza la actividad y el sonido de las palas llenando mi cabeza.

Todo es para mí, Pablo se ha ido, no tengo ningún aparato conmigo, nada para dejar registrada esta mañana tan hermosa, sólo mi mente. El escenario es inmejorable, mi ojo de fotógrafo registra movimientos, encuadres, colores, está precioso para filmar o fotografiar pero no, estás solo y todo es para ti, nadie más mirará esto, sólo los que estamos aquí.

La fila se mueve entra las eras sembradas de alfalfa, las palas raspan y raspan sacando el musgo, la tierra, las plantas, la pala se hunde en el agua y sale con su carga a cuestras, dejando limpio, que corra el agua, que corra. Éste es el ratón de Ayquina, el chululo, y tú Mollera, qué decís, algunos bromean, otros conversan, otros caminan en silencio, en fila, atravesando Turi, acercándonos al estanque nuevo. Don Eustacio y don Félix Berna conversan caminando pegados al canal, la pala al hombro, los rostros curtidos, los años tan claros en sus ojos.

Agua, palas, voces, pisadas sobre la arena, sobre los montones que separan las eras, sobre el inmenso desierto. Hay largas partes en que el canal no necesita ser limpiado y sólo caminamos a su lado, las palas al cielo.

Acercándonos a la vertiente, al ojo de Turi, el canal de lajas se convierte en tierra. Llegamos a la vertiente, varios nos sacamos las zapatillas y nos metemos al agua a sacar piedras y lodo, a palear un buen rato con la patas hundidas en el fango de la vertiente, feliz paleando con mi pañuelo rojo vendando la muñeca izquierda. Las doce del día, terminamos la tarea. Después de almuerzo se largará el agua para que corra limpiecita por el canal pero nosotros no estaremos, nos iremos a tomar este avión que nos

lleva al cemento, que nos devuelve al cemento.

Almorzamos donde doña María y don Félix y nos vamos del desierto, una vez más nos vamos del querido desierto.

Volver al cemento, volver a Santiago y meterse al ritmo de la ciudad, ganas de verte Javiera, ganas de estar contigo, de sacar esta presencia tan fuerte de la muerte que algún día nos separará para siempre, ganas de aprovechar el tiempo contigo, compañera de ruta, compañera de este inmenso camino que intentamos recorrer juntos, doblando esquinas, haciendo puentes, quemando nubes. Miro hacia el sur, atravieso el desierto hacia tu rostro.

el mundo seguirá girando
habrás pasado por él
sabrás lo que es la muerte

eso es todo





CANTOS DE DIFUNTOS

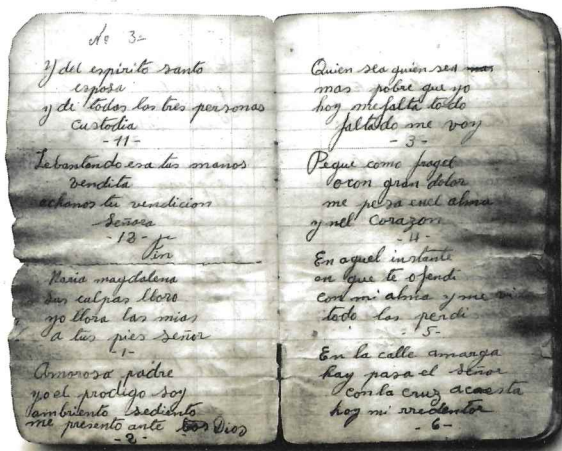
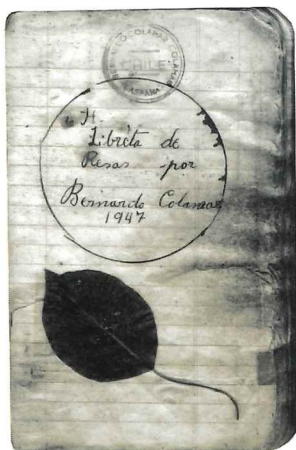
Las coplas van copiándose de las libretas antiguas que habían, entonces van pasando de mano en mano. Vienen de muchos años, de nuestros abuelos, bisabuelos. Se cantan para Día de Difuntos y para los velorios. (Juan Colqui, Caspana).

Se transcriben aquí los textos de algunos de los cantos de Todos Santos. Variaciones sutiles de ellos se encuentran de cantor en cantor, de cuaderno en cuaderno. Para estas transcripciones hemos usado los cuadernos de rezos de Mario

Berna, de Ayquina, y de Julián Colamar, de Caspana.

El cuaderno de don Julián está fechado en Febrero de 1947, y perteneció a don Bernardo Colamar, que a su vez lo copió de los antiguos. El cuaderno de Mario Berna es una copia del cuaderno de don Rafael Berna, que en paz descanse.

La primera estrofa de cada canto es el estribillo, cantada a coro por los presentes después de cada nueva estrofa.



DULCE JESUS MIO

Dulce Jesús mío
mira con piedad
a un alma perdida
por culpa mortal

Conozco Dios mío
mi fragilidad
también reconozco
tu suma bondad

Qué ciego he vivido
con mi libertad
sin temer las penas
de la eternidad

Pues nuestra justicia
llamando me está
pero los temores
no me dan lugar

Pues vuestra justicia
nos ha de castigar
en todo se cumple
vuestra voluntad

Pediré llorando
a mi majestad
perdone mis culpas
de mi torpedad

Muy arrepentido
me pongo a llorar
con dolor perfecto
de tanta maldad

Si lágrimas suelen
perdón alcanzar
lloren pues mis ojos
lloren sin cesar

Lloren ojos míos
lloren en raudal
los daños de mi alma
oh qué ciegedad

Enciendan las luces
que ellas arderán
alumbrando claro
en la oscuridad.

Esa cruz pesada
que llevas Señor
peso de mis culpas
que le he puesto yo

Pequé Señor mío
como desleal
poderoso sois
para perdonar

A Pedro que ingrato
tu nombre negó
las puertas le tocan
de su corazón.

Además culpable
de tanta maldad
benigno le oye
con grande piedad

No sólo al clemente
perdonas Señor
los graves delitos
de este pecador

Si por un instante
de sola bondad
le dais un paraíso
a la eternidad

Esta tu clemencia
mi prenda será
con que al final mi alma
se convertirá

Dijeras los yerros
de mi mocedad
las culpas que fueron
causa de mi mal

MARIA MAGDALENA

María Magdalena
sus culpas lloró
yo lloro las mías
a tus pies señor

Amoroso padre
yo el pródigo soy
hambriento, sediento
me presento ante Dios

Quien sea quien sea
más pobre que yo
hoy me falta todo
faltando me voy

Pequé como frágil
oh con gran dolor
me pesa en el alma
y en el corazón

En aquel instante
en que te ofendí
con mi alma y mi vida
todo lo perdí

En la calle amarga
ahí pasa el Señor
con la cruz a cuestas
ay mi redentor

Las aguas del mundo
claras me las diste
yo con mis pecados
turbias las volví

Cubierto de lepras
me presento ante vos
si puedes curarme
bien pueda el Señor

Échanos Dios mío
vuestra bendición
dadnos el paraíso
como el buen ladrón

OH VIRGEN SAGRADA

Oh Virgen Sagrada
oh madre de Dios
que no hay en el mundo
otra como vos

Oh Virgen del valle
de Catamarca de Dios
no te pido vida larga
si no es la gloria para mí

María Magdalena
al pie de la cruz
cama y cabecera
del niño Jesús

Señora Santa Ana
que rezan de vos
que soy soberana
y la abuela de Dios

Señor San Ignacio
alférez mayor
que llevas la bandera
delante del señor

Oh señor San Pedro
vicario mayor
abridnos las puertas
del reino de Dios

Señor San Miguel
arcángel mayor
que pesas las almas
delante del Señor

Ay amor amor
amor de Jesús
que por redimirnos
murió en la cruz

En la postrera hora
que presiento yo
mi cuerpo se muere
pero mi alma no

Ay adiós adiós
adiós que me voy
mi cuerpo se queda
pero mi alma no

Amarga es la muerte
de mi redentor
que hoy es la partida
de la mejor flor

ALABADO

Alabado sea el santísimo
sacramento del altar
Dios nos dio su cuerpo y sangre
en un divino manjar

Así comienzo en tu nombre
no cesando noche y día
con firme lengua diciendo
Dios te salve María.

Confieso que soy tu esclavo
sacratísima María con tal
te he de servir todo el
tiempo de mi vida

Tú eres el espejo hermoso
en que nunca cayó mancha
no es menos que seas luna
creciente llena de gracia

Pues le tuvo la embajada
y luego Gabriel no temas
bella María que el Señor
es contigo

Aire viento cielo y agua
hombres niños y mujeres
todos a voces publican
como bendita tú eres

Los nueve coros divinos
hoy cantan con alegría
y con voces e instrumentos
divina Santa María

Después que naciste al mundo
ya fuiste mi antecesora
no tienen que temer
los pecadores ahora

Nuestro Dios bajó al mundo
a morir en una cruz
nacer en un portal quiso
y de tu vientre Jesús

Señor mío Jesucristo
dame un rayo de tu luz
para poderte alabar
y decirte amén Jesús

Amén Jesús, María y José
más es morir que pecar
por siempre jamás amén
Jesús, María y José

ALABADO

Alabado sea el santísimo
sacramento del altar
es María concebida
sin pecado original

Ya va amaneciendo el día
el sol echa sus rayos
abrir señora mis labios
para alabar tu santo nombre

Confieso que soy tu esclavo
sacratísima María
como tanto he de servir
todo el tiempo de mi vida

Así comienzo en tu nombre
no cesando noche y día
con firmes lenguas diciendo
divina Santa María

Antes que naciste al mundo
ya fuiste mi intercesora
ya no tienen que temer
los pecadores ahora

Cuando el Señor bajó al mundo
a morir en una cruz
nacer en un portal quiso
y de tu vientre Jesús

No te turbó en tu embajada
y como Gabriel dijo
no temas bella María
que el Señor es contigo

Tú eres el espejo hermoso
en que nunca cayó mancha
no es menos que seas luna
creciente llena de gracias

Los nueve coros divinos
hoy cantan en alegría
con mil voces y instrumentos
diciendo Santa María

Aire y viento, cielo y agua
hombres niños y mujeres
todos sus voces publican
de que bendita tú eres

Señor mío Jesucristo
no me mires quien soy yo
mira tu preciosa sangre
que por mí se derramó

Señor mío Jesucristo
dadme un rayo de tu luz
para poder alabarte
y decirte amén Jesús

Gracias te doy gran Señor
gracias a tu gran poder
que sin mirar nuestras culpas
nos dejas amanecer

Échanos tu bendición
oh Señor sacramentado
librando a tus criaturas
de todo mal y pecado

Las tres divinas personas
nos echen su bendición
y la reina de los cielos
que a Dios nos pida el perdón.

MARIA DE COPACABANA

María y Copa cabana
hermosa linda y radiante
échanos tu bendición
a todos tus novenantes

Mi alma fue a buscar
el remedio y acudir
con grande fe a Jesús
para María y José

La cruz traigo del principio
con ella he de proseguir
y llevo la mejor guía
de Jesús, María y José

En el sepulcro de Adán
nació el árbol de la cruz
donde descansan las almas
de Jesús, María y José

Los santos padres predicar
la misa con grande fe
todos oímos la misa
Jesús, María y José

Todas las aves del mundo
celebran a la mañana
y los cristianos levantan
Jesús, María y José

Los inocentes del día
caminan al amanecer
y los ángeles decían
Jesús, María y José

Adiós madre del Rosario
adiós princesa divina
esperamos de tus manos
recibir grande consuelo

Adiós madre de afligidos
adiós consuelo de pobres
de día y de noche claman
sus penas y aflicciones

Recibe reina y señora
nuestra humilde devoción
para irnos consolados
échanos tu bendición

A JESUCRISTO LE ADOREMOS

A Jesucristo le adoremos
y con tierno corazón
sus caídas contemplemos
al Señor en su pasión

Cristo murió por nosotros
el día se oscureció
y las piedras se partieron
de ver que Cristo murió

Ya lo llevan y lo traen
por la calle de la amargura
atado de pies y manos
sentado en una columna

Vamos al monte Calvario
adoremos a la cruz
allí estaba su cuerpo y alma
y la sangre de Jesús

En el árbol de la cruz
tres horas estuvo vivo
desde allí está perdonando
a todos sus enemigos

Al fijarle los tres clavos
cuelgan la cruz hacia abajo
en ese sagrado cuerpo
que crueles son sus trabajos

Ya le sacan los tres clavos
y lo llevan a la madre
y la madre de dolores
llora lágrimas de sangre

El día se estremeció
vistase de luto el sol
de ver muerte lastimosa
Cristo nuestro redentor

En el sepulcro de piedra
el Señor fue sepultado
vino María Magdalena
y lo halló resucitado

Se levantan los judíos
con un soberbio cuidado
de ver a Jesucristo
allí en la gloria parado

TRISAGIO

Dios uno y trino a quien tanto
arcángeles y querubines
ángeles y serafines
dicen santo santo santo

A vuestra inmensa deidad
y divinas tres personas
clamamos pues nos perdonen
nuestra miseria y maldad
por esa benignidad
en su misterioso canto

Interminable bondad
suma esencia soberana
de donde el bien nos dimana
santísima trinidad
pues tu divina piedad
pone fin a nuestro llanto

El trisagio que Esaís
escribió con grande celo
le oyó cantar en el cielo
ángeles y jerarquías
para que en sus melodías
repita nuestra voz y canto

Este trisagio sagrado
del coro celestial
contra el poder infernal
con este elogio ensalzado
la iglesia lo ha celebrado
que en fe y amor adelanto

De la subitania muerte
del rayo y de la centella
libra este trisagio y sella
a quien lo reza y lo advierte
que por tu feliz suerte
en ese mar de quebranto

Es el aire que en el mar
y en la tierra que en el fuego
que nos quiere libertad
por favor tan singular
de este prodigioso canto.

Ese escudo soberano
de la divina justicia
de la infernal malicia
triumfa el devoto cristiano
y como el demonio ufano
oye de terror y espanto

En vuestra bondad me fundo
Señor fuerte e inmortal
que en el coro celestial
cantaré este himno profundo
pues en los riegos del mundo
me cubres con vuestro manto.

GRACIAS A DIOS

Gracias a Dios
gracias a Dios
a la madre de Dios
a la madre de Dios

Los pajarillos cantan
celebran amanecer
los cristianos recordamos
Jesús, María y José

Los santos padres celebran
la misa con gran temor
los cristianos les oímos
gracias te doy gran Señor

Señor mío Jesucristo
yo alabo tu gran poder
que sin mirar nuestra culpa
nos dejas amanecer

Del tronco nació la rama
y de la rama la flor
y de la flor nació María
siempre virgen concebida

De María nació Cristo
y de Cristo el redentor
y del redentor hizo el mundo
y del mundo el pecador

Señor mío Jesucristo
que agradecido estoy
pese a que me condenaron
cuando lo merezco yo

Señor mío Jesucristo
dame un rayo de tu luz
para poderte alabar
y decirte amén Jesús

Por Jesús y María
por María y José
por siempre jamás amén
Jesús, María y José.

DESPEDIDA

Ay María
ay señora
adiós adiós reina mía
ay señora

Hoy es el último día
que se acaba tu novena
no sé con que corazón
hoy me alejo de vos reina

Adiós dulcísima reina
clara luz del caminante
lucero de la mañana
que clara luz se parte

Adiós reina y soberana
adiós estrella del cielo
esperamos de tus manos
recibir grandes consuelos

De lejos tierras venimos
a buscarte madre mía
a que tu favor nos salve
en nuestra última agonía

Y como me considera
que de las culpas me aparto
seré dichoso en rezarte
como feliz en gozarte

Adiós reina y soberana
adiós hermosura grande
claro espejo de virtudes
que nunca llega a empañar

Así pienso al regresarme
amantísima belleza
mi alma gime y llora
con dolor y gran tristeza

Mi corazón reina mía
se me parte en dos mitades
y me voy considerado
de verte en mis comodidades

Por eso pues reina mía
cualquier preocupación
y como sea entregado
alma y vida y corazón

Recibe reina y soberana
nuestra humilde devoción
para irnos consolados
échanos tu bendición

A qué volverán mis ojos
a qué puerta llegaré
a quien como mi madre
mis tristes quejas daré

Adiós reina y soberana
espero del propio día
no sé con que corazón
hoy me separo de vos

Adiós madre señora
adiós madre soberana
que dolor de corazón
me voy con tu bendición.

María Magdalena sus culpas lloró

Solemne
(corcheas desiguales)

Ayquina, 1993

The musical score is written in treble clef with a key signature of three sharps (F#, C#, G#) and a 2/4 time signature. It consists of three staves of music with lyrics underneath. The first staff begins with a measure containing a box with the number '4'. The second staff begins with a measure containing a box with the number '7'. The third staff begins with a measure containing a box with the number '7'. The lyrics are: 'Ma- ría Mag- da- le- na sus cul- pas llo- ró yo llo- ró las mí- as a tus pies Se- ñor'. The score ends with a double bar line and repeat dots.

Ma- ría Mag- da- le- na sus cul- pas llo-
ró yo llo- ró las mí- as
a tus pies Se- ñor

Se repite 2 veces; luego se sigue cantando alternando el Solo con el Coro con la misma melodía.

Las transcripciones de los cantos pretenden formar una idea general de las melodías empleadas. Éstas presentan muchas variaciones definidas según quien haga la interpretación del canto

Trisagio

Se canta moderado, con la cadencia de texto

Ayquina, 1993

Dios u- no y tri- no a quien tan - - to Ar- can- ge- les y que- ru

4 bi - nes An- ge- les y se- ra- fi- nes di- cen

7 **Estrillo** san- to, san- to, san- - to An- ge- les y se- ra

10 fi- nes di- cen san- to, san- to, san- - to

13 A vues- tra in men- sa dei- dad - - y di- vi- nas tres per-

16 so- - nas cla- ma- mos pues nos per- do- nen nues- tra mi-

19 se- ria- y mal- dad - por e- sa be- nig- ni- dad - -

22 en su mis- te- rio- so can- - - to

Al **Estrillo**, luego las siguientes **Coplas** en 6ª (sexteta) que rematan en **Estrillo**

Dulce Jesus mío

Ayquina, 1993

Moderado



Dul-ce Jes-sus mí- o mi-ra con pie-dad a un al ma per-di - da




por cul-pa mor- tal

Se sigue cantando alternando el Solo y el Coro con la misma melodía.


Sumergido en el pecado

Se canta con la cadencia del texto
(métrica irregular)

Ayquina, 1993



Su- mer- ji- do en el pe- ca- do tan fe- o



o-cu-rra la gran pie- dad di- vi- na

Se sigue cantando alternando el Solo y el Coro con la misma melodía.

Alabado sea el santísimo

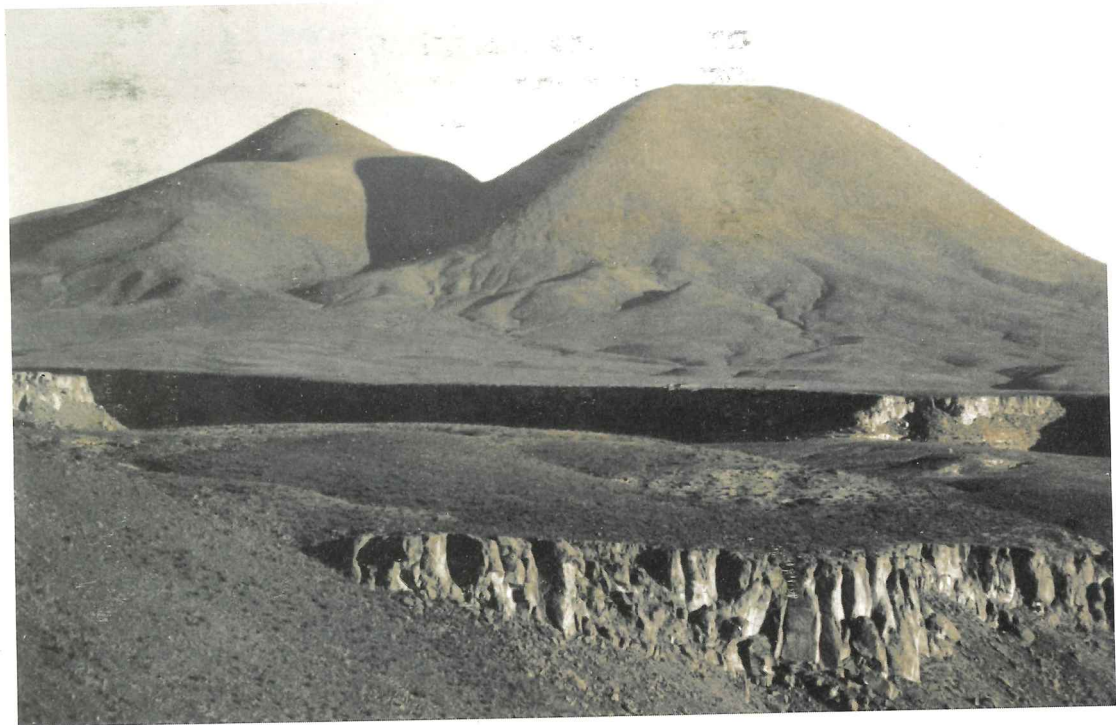
Ayquina, 1993

Moderado

The musical score is written on a single treble clef staff in 3/4 time with a key signature of one flat (Bb). The melody consists of eighth and quarter notes. There are three numbered boxes above the staff: a box with the number '3' above the first measure of the second line, and a box with the number '6' above the first measure of the third line. The lyrics are written below the staff, with some words underlined.

A- la- ba- do sea_el san- tí- si- mo sa- cra-
men- to del al- tar es Ma- rí- a con- ce-
bi- da sin pe- ca- do_o- ri- gi- nal

Se sigue cantando alternando el Solo y el Coro con la misma melodía.



REFERENCIAS

ARRIAGA, JOSÉ DE.

1968 La extirpación de idolatrías en el Perú. En *Crónicas peruanas de interés indígena*. Biblioteca de autores españoles. Madrid.

CASTRO, VICTORIA Y VARELA, VARINIA, EDITORAS.

1994 Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos. Santiago, Chile.

CHILDS, ROBERT Y ALTMAN, PATRICIA.

1982 Vive tu recuerdo. Living traditions in the mexican days of the dead. UCLA, California, U.S.A.

GALLARDO, FRANCISCO.

1996 En Toconce los difuntos "miran para atrás": un ensayo en etnoarqueología ,espacio ypoética. Manuscrito. Santiago, Chile.

GUAMAN POMA DE AYALA, FELIPE.

1616 Nueva crónica y buen gobierno. Siglo Veintiuno. 1980. México.

MERCADO CLAUDIO, RODRÍGUEZ P., URIBE M.

1996 Tiempo del verde, tiempo de lluvia. Carnaval en Aiquina. Lom Ediciones - Chimuchina Records. Santiago, Chile.

PÉREZ DE ARCE, JOSÉ.

1996 Polifonía en fiestas rituales de Chile central. Actas del VIII Congreso argentino de musicología. Buenos Aires, Argentina.

RONDÓN, VÍCTOR.

1997 Música de difuntos en Aiquina. Manuscrito. Santiago, Chile.

TEILLER, JORGE.

1965 Poemas secretos. Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile. Santiago.

394.2682
M553
1997

5307

Mercado, Claudio; Rodríguez, Patricia
Miranda, Pablo

Pa que coman las almas: la muerte
en el Alto Loa.



- Claudio Mercado.
Texto, fotografía.
- Patricia Javiera Rodríguez.
Diseño, fotografía.
- Pablo Miranda.
Texto, fotografía.

Biblioteca Museo Precolombino



101468

CHIMUCHINA

